

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



ALONSO
IBARROLA
RELATOS

3

**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**



© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Prólogo de Eduardo Tijeras](#)

[La estafa](#)

[La camiseta](#)

[El atropello](#)

[Peligroso](#)

[La píldora](#)

[El araño](#)

[La huelga](#)

[El aborto](#)

[El cuento](#)

[El perro](#)

[Recurso técnico](#)

[Conversación](#)

[Rapto](#)

[Educación sexual](#)

[En el coche](#)

[Rumbo a río](#)

[“La discreta”](#)

[El exhibicionista](#)

[Grandes almacenes](#)

[Niño modelo](#)

[El reglamento](#)

[Débil](#)

[Juegos de sociedad](#)

[Consultorio sentimental](#)

[El líder](#)

[Retirada](#)

[La tercera copa](#)

[Homenaje](#)

[El detective](#)

[Aparición](#)

[Diario secreto](#)
[En exclusiva](#)
[California 1800](#)
[El espía](#)
[Vendedor de libros](#)
[Huelga de hambre](#)
[Sordomudos](#)
[En el sofá](#)
[Ileso](#)
[Ahorrador](#)
[Comunidad de vecinos](#)
[Llamadas anónimas](#)
[Dulce muerte](#)
[El discurso](#)
[El emigrante](#)
[Oriundo](#)
[Teresina](#)
[Rey mago](#)
[Cartas anónimas](#)
[La medalla](#)
[La camarera](#)
[El invento](#)
[Acaparadora](#)
[El pantano](#)
[Un día cualquiera](#)
[Secuestradores](#)
[Agenda de un burgués](#)
[El empleo](#)
[Las gafas](#)
[Regreso al hogar](#)
[El guardia](#)
[Vendedor nato](#)
[Farsante](#)

“Sala de la juventud”

Auto-stop

La fuga

Déspota

Hundimiento

Ataque masivo

El buzón

La bomba atómica

Hombre-pájaro

Los novios

En el avión

El robo

El semáforo

En suiza

Leones

La calumnia

Ahorrando

El misionero

El anciano

Un celoso

El hijo pródigo

Aumento de sueldo

La limosna

El viaducto

El récord

El premio

En la oficina

El conquistador

El capitán

Seguro de vida

Adulterio

El perdón

“Cabezadura”

Atraco
Un silbido en U.S.A.
La hora postrera
Examen de conducir
Una familia
Concurso
“Hombre-cañón”
Náufragos
El árbitro
En la piscina
Fútbol
Incidente
Escena idílica
Reunión de sociedad
Accidente
El discurso
El camarero
Romance anónimo
La carga de la brigada ligera
El incendio
Lágrimas
El cerco
La masajista
Radioaficionados
Treinta y seis posiciones
La quiniela
En la aduana
El chequeo
La letra
Perversión
La caza
La última carta
El muerto

**FLORECILLAS
PARA
CIUDADANOS
RESPETUOSOS
CON LA LEY**

Prólogo

La personalidad de Alonso Ibarrola se divide entre el periodismo y la literatura de creación, concretamente, la narrativa breve. Como profesional del periodismo, pese a su juventud, ha dirigido ya varias revistas significadas. Sospecho que el mayor o menor tiempo en que Alonso Ibarrola permanece al frente de una publicación es inversamente proporcional al proceso de su madurez. Entre un periodista con capacidad directiva y la empresa que lo contrata siempre media con carácter decisivo el grado de personalización del primero, por sus posibilidades de aquiescencia y flexibilidad, su nivel de cultura, honestidad y exigencias (normalmente consigo mismo), todo lo cual, a su vez, repercute, y esto lo saben bien los lectores interesados, en la profundidad de las fricciones que pudieran producirse entre ambas partes, también indirectamente proporcional: a mayor independencia de criterio o deseos de no sentirse manipulado, más fricciones y, por tanto, menos duración del mandato. Si juzgamos la adquisición de un criterio profesional a través de este sencillo mecanismo, Alonso Ibarrola progresa o evoluciona a ojos vista, pues según tengo entendido en la última revista sólo duró un mes por propia voluntad. Cuando una persona se permite el lujo y la dulce maravilla de dimitir, algo lleva en la cabeza, algo que se podría traducir en propia estimación, pudor o ganas de no mentirse tontamente más. En un país como el nuestro en que casi nadie dimite, con lo saludable que sería, una dimisión hace las veces de premio y distintivo literario. El símil no está excesivamente traído por los pelos si tenemos en cuenta que Ibarrola nos interesa ahora por su segunda dimensión, la literatura, que en él no deja de manifestarse como impregnada de urgencia periodística y vehemencia de expresar mucho

en pocas líneas. Sus máximas, apólogos o cuentos, que en todo eso participan sus relatos breves, traen en cierto modo un marchamo de despacho de agencia de prensa, rápido, sintético, coherente, noticiable y que, sin embargo, ha perdido para bien la objetividad fría y despersonalizada del suceso típico transmitido a golpe de teletipo. Esto ocurre, por supuesto, gracias a la trastienda del escritor y a la aplicación de las leyes que rigen imperiosamente la estructuración y buen acabado de un determinado género literario: el cuento. A través de estas leyes, Ibarrola manipula la realidad sugerida por la noticia, la valora, le crea aditamentos lógicos y, sobre todo, un epílogo intencional, de manera que lo que en principio era un suceso, un dicho, un chiste, una confidencia, una costumbre, acaba por convertirse en una pieza literaria breve, brevísima, intransitiva, que empieza y acaba en sí misma, con sentido propio y personalidad crítica y, según es tradición, paradójica. Ya se sabe que lo paradójico, como forma y esencia, es uno de los factores que han distinguido tradicionalmente la gestación del relato breve. He escrito en alguna otra ocasión que la paradoja en el cuento constituye al mismo tiempo su grandeza y su limitación. La paradoja literaria tiene grandeza porque es insustituible y medular en cuanto a las prerrogativas del género. Su limitación y servidumbre surgen a partir del momento en que a toda costa se le quiere otorgar a la realidad un sentido y una intencionalidad, justamente paradójica, de los que muchas veces carece. En la tradición taoísta hubo un filósofo chino llamado Chuang Tzu, que soñó que era una mariposa y, al despertar ignoraba si era Chuang Tzu que había soñado que era una mariposa, o si era una mariposa y estaba soñando que era Chuang Tzu. Este filósofo chino vivió hacia el año 300 antes de Jesucristo. El sueño de la mariposa, recogido modernamente por Jorge Luis Borges en su Antología de la literatura fantástica, es por su condición contradictoria y paradójica –y remota- una pieza modélica

respecto a lo que verdaderamente quiere hacer determinada clase de narradores breves con la realidad. Ahí, inconsciente o deliberadamente, atendiendo el paso del tiempo y la diversa gama de preocupaciones contemporáneas, hunde Alonso Ibarrola sus raíces en el quehacer literario. Un estilo y un tono que comportan, cuando menos, aproximaciones satíricas al compendio de acaeceres y a la fisionomía variopinta de la vida actual, los problemas del tráfico en las grandes ciudades, el gastado erotismo del matrimonio veterano, la obsesión del ahorro, el secuestro de aviones, la esperanza quinielista, los traficantes de armas, la píldora. Toda esta serie de asuntos se sostienen en el sentir común por vía convencional o, al menos, mediante esquemas de reconocida orientación y solvencia lógica, generalmente promovida por la hipocresía de la clase en el poder (a tales efectos, no es gratuito que Ibarrola haya escrito anteriormente un libro titulado *Historias para burgueses*, que tuvo éxito de crítica y era como una gran patada burlona aplicada al trasero de toda la superestructura convencionalista burguesa, estampas –con palabras de Rafael Vázquez Zamora- “condensadas, intensas y paradójicamente dramáticas la mayoría”; *Historias para burgueses* fue prologado nada menos que por uno de los grandes del neorrealismo italiano, Cesare Zavattini, lo cual entraña una cierta responsabilidad para mis modestas y, sin embargo, voluntariosas palabras prologales). Pues bien, la clase en el poder siempre está generando pragmatismos sustentadores de “buena imagen” pública, como si la verdad estuviese en la apariencia y no en el hecho. Alonso Ibarrola agita las convenciones, los pragmatismos, las hipocresías, el “buen tono”, lo que “se lleva”, en el ámbito de la cursilería burguesa y las imágenes edificantes y moralizadoras instituidas ejemplarmente para adoctrinar a los ignaros plebeyos. Su deliberado matiz superficial obliga a Ibarrola a sustentarse no sólo en la vertiente satírica, sino en otras

actitudes de la misma familia, tales como el sarcasmo, la ironía, el absurdo y el humor negro, hasta inmiscuirse en una línea quevedesca y esperpéntica (dicho esto a modo de referencia aproximada), que, bien mirada, es característica de una dimensión privativa de la cultura española, la cual incluiría nombres consagrados, como los de Valle-Inclán, Solana, Cela, Buñuel. No es que Alonso Ibarrola, obviamente, pertenezca de lleno a la escuela del chafarrinón esperpéntico, pero su afán demostrado por erosionar la “buena imagen” –esa que se crea a fuerza de idealismo y publicidad-, la “buena imagen” que la gente –las instituciones, mejor- construye penosamente de sí misma, le garantiza un puesto entre todos aquellos escritores que pretenden curar una herida a base de cauterizarla con fuego o, lo que es lo mismo, deformándola para que nos resulte intolerable a partir de ese momento y de la nueva perspectiva brindada por el goteo de la disección. Igual que la vida moderna, la apresurada, atosigante, estas Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley poseen la amenidad de la anécdota que nos divierte y parecen concebidas para que el lector sin tiempo y casi sin vocación por la lectura entre en ellas a salto de mata, subrepticamente, mientras vuelve a su casa colgado de la barra de un autobús, bostezando frente al volante y el semáforo rojo o exasperándose con los espacios publicitarios de la televisión. La lectura de cada historia le va a llevar menos de un minuto. Si esta eliminación radical de la morosidad literaria no alcanza a fijar la mínima capacidad retentiva del lector medio, ya nadie puede conseguirlo. Pese a venir en cápsulas mínimas, en dosis homeopáticas, las Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley reclaman un lugar en la cultura literaria. Esta cultura literaria no es más que un suministro de nociones sensibilizadas para que a los demás nos sea dada la posibilidad de advertir parcelas cada vez más anchas de realidad. La evolución del

autor de Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley –un dimisionario- se nota en que, paradójicamente también, conforme alcanza algo parecido a la madurez, acorta sus historias, que son cada vez de más reducido tamaño y de mayor significado. No deja de ser una evolución tan orgullosa como vengativa. Alonso Ibarrola, como escritor, quiere ser el reflejo de esta labor de zapa que está llevando a cabo la civilización moderna respecto a la literatura, una civilización que se distingue, entre otras cosas, por el pluriempleo, la carestía de la vida, la cargazón televisiva, las distancias urbanas y, en suma, por falta de tiempo y la imposibilidad de leer. Ibarrola está haciendo una literatura que, conscientemente, se deja presionar por las condiciones descritas. A menor tiempo libre, menos palabras. A más tiempo robado por los “poderes”, más concisión. Alonso Ibarrola me ha confesado secretamente que su mayor triunfo y su mayor denuncia, pues, será la pura inanición, o sea, que este triunfo y esta denuncia –feroz a su modo, en la mejor línea paradójica, ambiental y constitutiva de su idiosincrasia- se materializarán cuando llegue el día en que sus historias, reducidas inverosímilmente como la pata de mono del famoso cuento de W. W. Jacobs, no necesiten más allá de tres o cuatro palabras y un par de comas. Eso llegará y entonces se habrá confirmado el absoluto fracaso de una sociedad, de un sistema basado en la cortina de humo de la “buena imagen” y el agravio del ocio éticamente remunerador. Así es que, en vista de las circunstancias, colaboremos con la idea predictiva – que no lo es tanto, salvo en las posibilidades que brinda para mostrar una incomodidad con el desarrollo de la cultura española-, poniendo punto final a este prólogo.

EDUARDO TIJERAS

Madrid, mayo 1975

La estafa

Dos agentes cruzaron muy de madrugada el cuidado jardín y se acercaron a la puerta principal del magnífico chalet, emplazado en el barrio residencial más lujoso de la capital. Llamaron y se dieron a conocer al mayordomo. El señor, en batín y pañuelo de seda anudado al cuello, les recibía minutos después. Estaba detenido por presunto delito de estafa. Le concedieron unos minutos para que se vistiera y despidiera de los suyos. No quiso despertar a los niños, pero su mujer, agitada y nerviosa, le abrazó con fuerza y trató de animarlo... “Tenías que haberme dicho que las cosas no te iban bien, cariño. No te preocupes. Pediré dinero a papá... ¿Cuánto debes?”. El hombre no dijo nada e inclinó la cabeza. “¿Un millón, dos, tres...?”. El hombre permanecía en silencio. “¿Son diez, veinte... cien?”. La mujer, impaciente y nerviosa le recriminó: “¡Habla, dime algo, por favor...!”. El hombre, sin atreverse a mirarla bisbiseó: “Mil doscientos millones, querida...”. Más tarde, la mujer, en la soledad del dormitorio, se consolaba pensando en lo importante que era su marido.

La camiseta

Su pasión era el fútbol. Mejor dicho, “su equipo” de fútbol. Era, quizá, el reflejo de una frustración que se acrecentó cuando “su equipo” perdió el Campeonato... por culpa de su “eterno rival”. Al día siguiente, lunes, cuando iba a su casa y cruzaba un descampado, donde jugaban al fútbol unos niños, se topó casualmente con uno de ellos, que enfundaba la camiseta... del equipo rival. Lo llamó cariñosamente. El niño acudió solícito y sonriente. Le preguntó amablemente si la camiseta que vestía era de su equipo favorito. El niño respondió afirmativa y orgullosamente y añadió que también era el equipo de su papá. Entonces, el hombre, de rodillas, mirando fijamente al niño, serio, y con sus brazos colocados en los respectivos y pequeños hombros, en plan “de hombre a hombre”, le dijo lentamente: “Dile a tu padre que eres un hijo de p...”. El niño parecía no entender. Él insistió. “¿Me entiendes? Dile... a tu... padre... que eres un hijo de p...”. “¿Te acordarás?”. El niño se echó a llorar y él se fue apresuradamente para que la gente no pensara otra cosa...

El atropello

Era miércoles. Volvía a casa en su coche, tras una fatigosa jornada laboral. Un imprevisto atasco en el tráfico ponía en peligro la visión del primer tiempo de un apasionante partido de fútbol internacional que ofrecía la televisión. Y aceleró... La niña tampoco puso —también hay que decirlo— mucha atención al cruzar la calzada y el encontronazo resultó inevitable... No se detuvo, porque luego le marean y atosigan a uno con tanta pregunta, aclaraciones, pesquisas y comparecencias ante el juez. Además los testigos, en estos casos, siempre declaran a favor de la presunta víctima, máxime si se trata de un menor de edad. Vio el partido cómodamente sentado en un sillón de su casa, no dijo nada a su mujer en torno al incidente y al día siguiente leyó los diarios deportivos exclusivamente, con los comentarios en torno al partido televisado. Es por ello que no pudo enterarse de que la niña murió en el acto.

Peligroso

Llegó a la penitenciaría con fama de peligroso. Se decía de él que era un maníaco sexual, sádico, cruel y sanguinario y sobre todo un experto en fugas. Por su aspecto no lo parecía... En esto convenían tanto el director como los funcionarios y reclusos del Centro. Los años vinieron a demostrar, ciertamente, que era un pobre hombre. Tímido, débil, huidizo, nunca se enfrentó a nadie, soportó toda clase de humillaciones y vejaciones y jamás intentó fugarse. Especialmente esto último produjo desencanto en todos y hasta el mismo director se sintió defraudado. Un día que jugaba un partido de fútbol en el patio central, con otros reclusos, cayó el balón fuera del recinto de la prisión. El director, en tono burlón, le ordenó que fuera a buscarlo y le abrieron las puertas. Volvió poco después con el balón. Horas más tarde descubrirían que el balón no era el mismo, que había traído otro, perteneciente a un niño rubio, que había sido localizado entre unos arbustos, cruelmente ultrajado y posteriormente asesinado. Todos, a partir de aquel día y hasta el momento de su ejecución, comenzaron a mirarle con más respeto.

La píldora

La mujer recogió la mesa y ayudó a sus nueve hijos a la hora de acostarse. Rendida y fatigada se dirigió a la cama, en la que ya se encontraba su marido hacía rato leyendo una novela. Apagaron la luz y se abrazaron. De repente, el hombre, como picado por un escorpión, se incorporó y preguntó: “¿Te has acordado de tomar...?”. Ella dudó, terminó respondiendo afirmativamente, pero él, receloso, se alzó, se dirigió a la cómoda, localizó la caja, contó el número de píldoras anticonceptivas, comprobó el día y más tranquilo, volvió al lecho matrimonial. Ya para entonces, su mujer se había dormido. Pero la despertó...

El arañazo

Tenía un carácter irascible. Amaba a su mujer, a sus hijos y a su coche, especialmente a este último. Un día, fueron todos en el coche a visitar un gran zoo, donde los animales vivían en plena libertad. Tomaron las precauciones indicadas al entrar en la zona de los leones, cerrando herméticamente todas las ventanillas. Los leones dormían apaciblemente y un guardia, solícito y con el ánimo, sin duda, de ganarse una propina, empujó con su “jeep” a uno de ellos, de porte majestuoso, para que pudiera obtener una buena fotografía. El león mostró desgana y disgusto y de un zarpazo arañó la carrocería del coche. Su propietario, indignado, salió del interior y con una lleve inglesa propinó un tremendo golpe en todo el morro al león, que asombrado, huyó despavorido. El guardia protestó, pero el conductor, ciego de furor, se abalanzó contra su garganta y no lo mató porque intervinieron a tiempo su mujer, hijos y compañeros de guardia, que tras ímprobos esfuerzos, lograron dominarlo finalmente.

La huelga

Decidieron no trabajar durante quince minutos. Habían leído en los periódicos que otros lo hacían y se animaron. Eran cuatro en total y prestaban sus servicios en la pequeña gestoría administrativa desde hacía muchos años. No soportaban a su jefe, el dueño del negocio, pero tampoco habían tenido el valor y poder de decisión suficientes como para dejarlo. Trabajaban mañana y tarde y hacían horas extraordinarias, pero pretendían adelantar la salida de los sábados en media hora. El jefe se negaba rotundamente y cuando descubrió al cuarteto sin trabajar, con los brazos cruzados y en silencio total, los apostrofó, insultó y despidió. Al día siguiente, domingo por la mañana, los cuatro empleados, cariacontecidos, acompañados de sus respectivas familias, le esperaron a la salida de Misa mayor para suplicarle su readmisión.

El aborto

El joven matrimonio anunció inesperadamente que se iba a Londres, a disfrutar de unos días de permiso, aprovechando los ventajosos precios que ofrecía una agencia de viajes. Dejaron a los niños al cuidado de los abuelos, que por cinco días no pusieron dificultad alguna. Pero el supuesto día de su regreso, llamaron por conferencia telefónica, advirtiendo que habían sufrido un accidente automovilístico cerca de Cambridge, sin consecuencias graves afortunadamente, pero que ella debía guardar unos días de completo reposo. Toda la familia se conmovió y también la empresa donde él prestaba sus servicios. Al cabo de veinte días, volvieron. Ella visiblemente pálida y ojerosa. Había perdido mucha sangre, pero, ciertamente, el accidente no le había dejado huella alguna visible. Todos intuyeron lo ocurrido realmente, excepto los abuelos, que entendían era una locura alquilar un coche en Inglaterra, “donde todos conducen al revés...”.

El cuento

La niña se despertó a media noche y comenzó a llorar, exigiendo a voz en grito “que le contaran un cuento”. La madre, rendida por el cansancio de la fatigosa jornada, se resistía y pidió con mal talante a su marido que interviniera. El marido, mascullando palabrotas, se levantó y se dirigió a la habitación de la niña. Ella quería escuchar, una vez más, el cuento de Caperucita. El padre, rabioso y enfurecido, contó con gran fuerza descriptiva la popular narración. Introdujo algunas variantes (quizá producto de su mal humor), incidiendo con todo género de detalles en la muerte de Caperucita, devorada no por uno, sino por muchos lobos. Crujieron los huesecillos de Caperucita, se quedó sin ojos, sin dientes, sin nariz, la sangre manchaba el césped... Cuando la niña se hubo dormido, el padre se retiró calladamente. A la mañana siguiente, la madre, observando a la niña, que dormía con el cuerpecito rígido, las manos crispadas y los ojos abiertos, redondos como platos, preguntó al marido: “¿Qué le contaste a la niña?”.

El perro

Día tras día, año tras año, en la misma esquina. El ciego tocando un desafinado violín y su perro sosteniendo con sus dientes un sombrero, donde niños y mayores, conmovidos, arrojaban algunas monedas al pasar. Cuando sonaban siete campanadas se retiraban a su casa. El perro le guiaba por calles y plazas hasta llegar a la mísera vivienda donde transcurría su vida en solitario. Un día el ciego murió. Se percató del hecho una piadosa vecina, al no verles salir por la mañana como era habitual; luego el perro que ladraba y ladraba... Se llevaron el cadáver al cementerio y el perro fue conducido a la perrera, en espera de poder confiárselo a otro invidente necesitado de asistencia. Días más tarde se descubrió —hecho, por desgracia, bastante frecuente— que el difunto ciego guardaba en su colchón miles de billetes. Mayor fue la sorpresa al saberse que el perro, por su parte, ocultaba en su madriguera, bajo unos mugrientos cojines, que despedían un hedor infame, varios cientos de monedas, que se supone sustraía furtivamente del sombrero de su difunto propietario. Es por ello que fue eliminado en una cámara de gas especial para animales.

Recurso técnico

El accidente pudo haber sido mortal. Afortunadamente, gracias a los auxilios de la ciencia, salvó la vida. Cuando le comunicaron, al recobrar el conocimiento, que había sido necesario amputarle una pierna, unas lágrimas surcaron su rostro. Su cuerpo permaneció inmóvil, entre vendajes y cabestrillos. Más tarde, recibió la visita de su mujer que entre sollozos y suspiros, tuvo valor suficiente para darle ánimos: “No te preocupes, querido... Podrás conducir tu coche otra vez. Compraremos uno nuevo, adecuado para ti, con embrague de mano... Estás contento, ¿verdad?”. El enfermo asintió, afirmativamente.

Conversación

Cenaron en silencio. Veinte años de matrimonio son capaces de agotar todos los temas posibles de conversación. Se levantaron en silencio de la mesa. Ella se dedicó a recoger cubiertos y desperdicios. Él se acostó en la cama matrimonial y se sumergió en la lectura de revistas y periódicos. Media hora más tarde, fue ella la que se tumbaba en el lecho. “¿Quieres apagar la luz, querido?”. Dobló el periódico, se quitó las gafas y apagó la luz. Antes de darle las “buenas noches” se le ocurrió preguntar: “¿Esas muñecas hinchables que venden en Norteamérica serán de tamaño natural?”. Ella no pudo responderle porque ya estaba dormida.

Rapto

Lo raptaron cuando salía, por la mañana temprano, de su casa camino del trabajo. Lo metieron en un coche a la fuerza y no tuvo oportunidad alguna de reaccionar. Quiso protestar, al tiempo que le colocaban la venda en los ojos, la mordaza en la boca y las ligaduras en las muñecas, pero un fuerte codazo en el vientre le hizo desistir. Les advirtió que no tenía dinero en cantidad apreciable en su cuenta corriente, pero los secuestradores no dieron importancia alguna al hecho. Ellos pretendían una buena suma de la empresa donde trabajaba y ocupaba un alto cargo... Y lo consiguieron. Cuando lo liberaron, corrió a abrazar a su mujer, a sus hijos, a los amigos y compañeros de trabajo. El abrazo más emocionado lo dedicó al Presidente del Consejo de Administración de la empresa, que días más tarde, cuando la emoción de los momentos vividos se hubo disipado, le comunicó que el importe de su secuestro corría en su mitad a cargo de la empresa, pero que de la otra mitad se haría cargo él, por supuesto en cómodas mensualidades a descontar de sus emolumentos. En diez años dejaría saldada la deuda. También le aconsejó que fuera armado en lo sucesivo...

Educación sexual

Jamás en la vida había sostenido con su hija (única, por cierto) una conversación en torno al tema sexual. Se consideraba muy liberal y progresista a tal respecto, pero no había tenido ocasión de demostrarlo, porque daba la casualidad de que la muchacha nunca había preguntado nada, con gran decepción por su parte y descanso y tranquilidad para su mujer, que en este aspecto era timorata y llena de prejuicios. Pasaron los años, y un día la muchacha anunció que se iba a casar.

“Tendrás que decirle algo”, arguyó su mujer. Y una noche, padre e hija hablaron. ¿Qué le dijo el padre? ¿Qué cosas preguntó la hija? A ciencia cierta, no se sabe. El hecho es que la madre tuvo que esperar dos horas, y cuando salieron de la salita de estar la hija exclamó: “¡Me dais asco!”. Y se retiró a su dormitorio. La madre pensó que había ocurrido lo que temía. Su marido lo había contado todo, absolutamente todo.

En el coche

La pareja estaba fuertemente abrazada en el interior del coche, en una carretera secundaria, en la periferia de una gran ciudad. Tan ensimismados estaban que los individuos tuvieron que pegar con fuerza e insistencia en las ventanillas para que se percataran de su presencia. Brutalmente los sacaron de su interior. La muchacha se resistió propinando mordiscos y puntapiés. Al final, semiinconsciente, tuvo que ceder... El muchacho, cauto y temeroso, no ofreció resistencia y cedió ante el capricho de un fornido sujeto. Una hora más tarde, en casa de los padres de la muchacha, contaba la acordada y manipulada versión de los hechos. “Él, pese a lo ocurrido a ella, estaba dispuesto a casarse”. Los padres, compungidos, acariciaron con ternura a la muchacha y dieron gracias a la Providencia por aquel hombre que les tocaba en suerte. Su hija jamás contó lo sucedido enteramente aquella noche...

Rumbo a río

No quisieron creérselo cuando el oculista, con el tono de voz apropiado para estos casos, les comunicó que la Ciencia se veía impotente para impedir su ceguera total en fecha no muy lejana... Pero era verdad, una tremenda verdad, a la que tendrían que amoldarse ella, el marido y los hijos, todavía pequeños. La mujer lloró desconsoladamente, pero pasados unos días, más serena, aceptó el amable ofrecimiento de su marido de llevarla a cualquier lugar del mundo, antes de ... Ella eligió Río de Janeiro (quizá por culpa de alguna película...). Debido a su modesta posición, adquirieron los pasajes de avión en módicos y cómodos plazos, de tal manera que al perder la mujer la visión totalmente, todavía quedaron pendientes tres letras de cambio de cuatrocientas treinta pesetas cada una. El marido las pagaba de mala gana y maldecía aquel tonto capricho: "Por lo menos si hubiésemos ido a Lourdes, habría salido más barato y quién sabe...", pero nunca terminaba la frase.

“La discreta”

La mujer entró tímidamente en la farmacia y aguardó su turno. La dependienta interrumpió la conversación que mantenía con dos señoras de aspecto distinguido para preguntarle lo que deseaba. “Anticonceptivos”, dijo con voz queda. La dependienta cambiando una mirada de inteligencia con las dos señoras, preguntó: “¿Tiene usted receta médica?”. La mujer, azorada, respondió negativamente. “Lo siento, señora, sin receta no puedo servirla...”. Se fue, huidiza, con seis ojos clavados en su espalda. Armada de valor penetró en la tienda indicada por su marido, una tienda muy discreta... “La Discreta”, decía el rótulo precisamente. “Preservativos”, dijo con voz trémula. El dependiente, amable, le mostró unos ingleses, de importación. La mujer, nerviosa, pidió una docena. Todavía el dependiente insistió más... “¿Con depósito o sin depósito?”. La mujer no entendió la cuestión, pero pensando que serían más económicos, contestó: “Sin depósito”.

El exhibicionista

No sonó el despertador y tuvo que vestirse apresuradamente para no llegar tarde a la oficina. En los treinta años que llevaba al servicio de la empresa rara vez se había retrasado. Le consideraban un empleado modelo. Tuvo suerte y cogió en seguida el autobús. Además consiguió un asiento. Una niña de ojos azules le observaba detenidamente. Era graciosa y le dedicó una amable sonrisa. La niña, un poco asustada, le dijo algo a su padre, sentado junto a ella y ensimismado en la lectura de un periódico. El padre interrumpió la lectura y miró inquisitivamente al oficinista. Parecía no dar crédito a lo que veía. El empleado modelo, azorado, descubrió que no se había abotonado la bragueta e iba exhibiendo sus órganos genitales. El padre, profiriendo insultos y groserías, se abalanzó sobre él y le propinó varios puñetazos. Los pasajeros trataron de contenerle. La niña lloraba. Cuando se enteraron de la causa de su indignación arremetieron todos contra el sorprendido e involuntario exhibicionista. Lo hubiesen matado de no haber intervenido la fuerza pública. De todas maneras, camino de la comisaría más cercana le propinaron tremendos puñetazos y puntapiés, de los cuales no pudo recuperarse el resto de sus días...

Grandes almacenes

La sorprendieron robando unos pañuelos. Un inspector de los grandes almacenes le condujo a una discreta sala para interrogarla. La mujer, de modesta apariencia, lloraba y aseguraba que no había podido evitarlo, que “un impulso desconocido” le había empujado a ejecutar aquel bochornoso acto. El inspector, escéptico, le advirtió que por ser la primera vez no llamaría a la policía. Pero le pidió su dirección y requirió la presencia de su marido. Al cabo de una hora llegó éste, escuchó el relato del detective y propinó una sonora bofetada a su mujer, que no había cesado en sus sollozos. Se despidieron del inspector y se perdieron entre la muchedumbre de clientes, camino de las puertas de salida. El marido, nervioso, no advirtió que su mujer, distraídamente, cogía un par de medias de un mostrador introduciéndolas en su bolso subrepticamente.

Niño modelo

Todas las mañanas el muchacho, huérfano de madre, antes de ir a la escuela, preparaba el desayuno para su padre, postrado en el lecho desde hacía varios años, víctima de una enfermedad incurable, y sus hermanitos. Al volver al mediodía, preparaba la comida y por la tarde, lavaba, planchaba, cosía, y al anochecer, cuando todos dormían, hacía sus deberes. También estudiaba idiomas. Era el muchacho más bueno del pueblo. El párroco se interesó por él y consiguió que le nombraran “el muchacho más bueno del año”, en un concurso patrocinado por la emisora regional. Todas las vecinas se brindaron a ayudarlo para que pudiera disfrutar del premio, “un viaje a París de diez días, para dos personas”. Le acompañó la maestra. En un mes no dieron señales de vida. Luego, su padre, en el lecho leyó lloroso una carta, del hijo, pidiéndole perdón, y advirtiéndole que se quedaban en París.

El reglamento

Llevaban casados tres años y pasaban estrecheces económicas. Es por ello que, cuando en su empresa convinieron en admitir a diez nuevas secretarias, se lo dijo a su mujer. Esta superó las pruebas de aptitud y obtuvo la plaza. Al rellenar los impresos declaró ser “soltera” y dio como domicilio el de sus padres. Estaba prohibido terminantemente en la empresa que trabajaran marido y mujer. Todo fue bien. Se ignoraban mutuamente cuando se veían en los pasillos y despachos y se evitaban a la salida. Cada uno iba a su casa por caminos diferentes. Un día de verano no pudieron resistir la tentación y fueron sorprendidos por una compañera en el sofá de la sala de visitas, en la hora de descanso asignada para el almuerzo, en postura muy comprometedora. La empresa juzgó que la culpable era ella (él llevaba quince años en la misma, demostrando una conducta intachable) y la despidió. Él siguió en su puesto, aguantando las miradas irónicas y sonrisas maliciosas de sus compañeros y sobre todo las cartas anónimas que le dirigían a su mujer. “Tenga cuidado. Es un sinvergüenza”, decía una de ellas. Y contaba lo ocurrido...

Débil

Habían cometido un error imperdonable: asaltar una joyería enclavada en una demarcación que no era la suya. La “mafia” no perdona estas cosas. Lo sabían y es por ello que trataron de huir. En vano, los dos amigos fueron atrapados y conducidos a un sótano discreto. Primeramente se llevaron a uno de ellos. Se cruzaron una mirada de complicidad. No hablarían. Horas más tarde volvió... Resultaba casi irreconocible: un rostro tumefacto, una cuenca del ojo mostrando su horrible vaciedad, tres o cuatro dientes menos, pelo arrancado de cuajo en algunas partes de la cabeza, un hilo de sangre que le brotaba de la comisura izquierda de la boca, y también manchas de sangre en torno a la bragueta que hacían intuir estragos por la zona. Respiraba, jadeaba... “No he hablado”, dijo con voz imperceptible. Su compañero, sin embargo, dijo todo lo que sabía, y dio todos los nombres al instante. Antes de volver junto a su desfigurado amigo se despeinó para disimular un poco y tratar de justificarse...

Juegos de sociedad

Se reunieron los cuatro matrimonios en la elegante casa de uno de ellos. Cenaron, bebieron y empezaron a aburrirse... Por fortuna, el dueño de la casa tuvo la buena ocurrencia de proponer un entretenimiento divertido. Se trataba de un juego, traído de Londres, en uno de sus frecuentes viajes, llamado "líbido". Una especie de "juego de la oca" combinado con el "juego de las prendas". Algunas mujeres se negaron rotundamente a participar en el mismo, pero el alcohol ingerido había minado su voluntad y terminaron jugando todos. La señora de uno de ellos, en una mala racha, se vio obligada a despojarse de todas sus prendas, ante las risas y jolgorio de los demás. Al día siguiente, su marido no le dirigió la palabra, y sus amigos se dedicaron a comentar el hecho en toda la ciudad.

Consultorio sentimental

Era “la tía Rosa”. Trabajaba en una de las emisoras locales y era la responsable de un “consultorio sentimental” que tenía un gran éxito. Todos los días le llegaban decenas de cartas, pidiendo consejo y ayuda moral. Para todas tenía la respuesta justa, atinada y adecuada. También el personal de la emisora admiraba a aquella mujer ya madura, de porte distinguido, de carácter sereno y equilibrado, que sabía infundir a través de las ondas confianza y ánimo. Es por ello que causó estupor y conmoción su despido repentino, agravado posteriormente por el hecho de que su sucesora no estaba a la altura requerida para el cargo. Ignoraban que el director de la misma había descubierto que “tía Rosa” ejercía la prostitución en sus horas libres al tiempo que impartía a sus clientes provechosos y aleccionadores consejos. Temía que un día estallara un escándalo y “tía Rosa” lo comprendió.

El líder

Respondiendo a la convocatoria, un centenar de ejecutivos y hombres de empresa se encontraban reunidos en el salón de conferencias de un acreditado hotel de la capital, para participar en un cursillo de oratoria, a cargo de un prestigioso profesor norteamericano. Cada clase teórica era seguida de unos ejercicios prácticos. Los alumnos, hombres maduros en su mayoría, intentaban salvar la prueba de la manera más airosa posible. “Ahora usted”, indicó el profesor, y un hombrecito rechoncho y con bigote subió al estrado. Balbuceó unas palabras... y el profesor le aconsejó tranquilidad y sobre todo “énfasis”. El hombrecito asintió y prosiguió su discurso. Se fue acalorando, subió el tono de voz, gesticuló, gritó y electrizó a los compañeros al cabo de media hora de discurso. Estos, en mangas de camisa, puestos en pie sobre sus respectivos asientos, proferían gritos y frases ininteligibles. Asustado el profesor, agarró por los hombros al excitado hombrecito al borde ya del paroxismo..., pero comprendió que ya era tarde. Meses más tarde aquel hombrecito se convertiría en un temible líder político.

Retirada

La larga fila de soldados cruzaba la estepa rusa, totalmente cubierta de nieve. El frío era terrible y el viento azotaba sin piedad los rostros de millares y millares de soldados, que de dos en fondo, se batían en retirada. La fila se perdía en el infinito y caminaba lenta, muy lentamente. De vez en cuando, un desgraciado caía en redondo, junto a la fila, muerto de fatiga, de hambre, de frío. Nadie se inmutaba, nadie le socorría. La fila seguía inexorablemente su marcha. Un soldado, bajo de estatura, abandonó momentáneamente la fila y se arrodilló para apretarse las cintas de sus botas. Terminada la operación, quiso integrarse en la fila, pero los compañeros se lo impedían. “¡Atrás, te pones en la cola...!” le gritó uno. Tuvo que esperar catorce horas para agregarse a la cola de la larga fila. Ya para entonces se le habían congelado los dos pies.

La tercera copa

No parecía encontrarse muy bien el tío Ambrosio. Después de la copiosa comida se empeñó en tomar una copita, en honor de su sobrina, cuya onomástica celebraban. Y luego otra... Antes de tomar la tercera se fue al retrete y no volvió. Fueron a buscarle y se alarmaron al ver que no respondía. Forzaron la puerta. Lo encontraron acurrucado en el suelo con los pantalones y calzoncillos bajados. Respiraba fatigosamente. Lo llevaron a una cama. Su aspecto les asustó. Como no tenían teléfono, bajaron al bar. No funcionaba el aparato. Comprobaron también que el de la cabina callejera estaba estropeado. Por fin, desde una cafetería lejana pudieron llamar a un "Servicio de Urgencia", pero comunicaba. Tras mucho insistir, al cabo de cinco horas, se presentó un médico que sólo pudo certificar su defunción. Al día siguiente, se hermano mandó instalar un teléfono en casa. Costaba lo suyo, pero también se iba mucho dinero en fichas y pesetas. La tercera copa que el pobre Ambrosio no llegó a tomar la volvieron a verter en la botella.

Homenaje

Treinta años al servicio de la empresa y ahora la jubilación. El dueño, los jefes y compañeros organizaron en su honor un almuerzo en un modesto restaurante. El discurso del dueño resultó conmovedor. Luego sus compañeros reclamaron unas palabras del homenajeado. Todos habían bebido más de la cuenta. El probo empleado, “ejemplo de sumisión, honradez y abnegación”, puesto a duras penas en pie por sus compañeros de mesa, sólo acertó a balbucear: “Cerdos... sois todos unos cerdos”. Le jalearon, le tiraron migas de pan y con grandes risotadas le hicieron sentarse a la fuerza de nuevo en su silla. Al día siguiente, abochornado, el homenajeado se presentó para dar las gracias y excusarse, pero ni el dueño ni los jefes quisieron recibirle. Volvió a su casa y lloró largo rato.

El detective

La mujer, vestida con elegancia, subió, un tanto indecisa, las escaleras que conducían a la modesta, en apariencia, “Agencia de Detectives”. Le atendió un señor grueso, de traje arrugado y con manchas, que le pidió por adelantado cierta cantidad de dinero “para atender a los gastos que provocaría la vigilancia de su marido”. La mujer extendió un cheque. Sospechaba que su marido se veía los domingos con una antigua doncella de su casa, que se había visto obligada a despedir al sorprender a ambos abrazados en el cuarto de baño. Aguardó con ansiedad varios días y nuevamente se presentó en la Agencia, donde el detective, desolado, le informó que la investigación no había sido posible llevar a cabo, dado que su marido utilizaba un coche de gran potencia y el suyo era un utilitario. “Esto no es América, señora”, terminó diciendo.

Aparición

Camino de su granja, B. observó de repente un extraño fulgor, un resplandor blancuzco y violeta que surgía tras unos altos arbustos... Se hallaba en el campo, solo y envuelto en un gran silencio. Se detuvo. Una silueta femenina comenzó a perfilarse en medio del gran resplandor. Una hermosa dama de túnica azul se hizo visible. Le sonrió y saludó. Después la dama y el resplandor desaparecieron. B. prosiguió su camino. Al llegar a casa su aire ensimismado y pensativo hizo que su mujer le preguntara: “¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo?”. “Nada”. B. no quería complicarse la vida. Murió quince años más tarde sin decir nada a nadie. Todos los lunes, primeros de mes, se le había aparecido regularmente la dama en cuestión. De haber hablado hubiese creado un rito...

Diario secreto

Todos le tenían por un hombre serio, equilibrado y honesto. Pero por culpa de un cáncer murió. Dejaba viuda, cuatro hijos y una discreta pensión. La mujer, compungida y llorosa, se dispuso a afrontar la vida y a honrar la memoria de su marido. Cierta día, curioseando en la mesa de trabajo de su difunto marido, descubrió una agenda de cierto volumen, con todas las páginas repletas de una letra menuda y nerviosa, que inmediatamente reconoció como de su marido. Su rostro reflejó, ante la lectura, curiosidad primeramente. Luego, espanto... Toda la noche se la pasó leyendo el “diario secreto” de su marido... En el mismo había plasmado sus odios, sus frustraciones, sus amoríos, sus adulterios, sus experiencias con homosexuales y jovencitos... Toda una vida de vicio y corrupción, de degradación moral, se desvelaba ante sus ojos. Al final de todo, una “nota” decía: “Querida: Entrega este manuscrito al editor L.” (aquí un nombre y una dirección). Con los derechos de autor, la viuda pudo afrontar la existencia con más tranquilidad, pero siempre le quedó la duda...

En exclusiva

Encontraron el cadáver de la gloriosa y anciana actriz flotando en la piscina de su espléndida mansión. Pronto la policía detuvo a un muchacho, su notorio acompañante se declaró culpable de su muerte. Aprovechó sus últimos meses de vida en la cárcel, para escribir una especie de biografía o “memorias”. Las vendió en exclusiva, a buen precio, a un semanario sensacionalista. Indicó que los emolumentos le fueran entregados a su anciana madre. Lo ejecutaron en la cámara de gas antes de que la revista pudiera dar por finalizada la publicación de su biografía. Precisamente el último capítulo se publicó una semana después de su fallecimiento. En el mismo contaba y explicaba con todo género de detalles la muerte ocasional de la actriz que, borracha perdida, tuvo la desgraciada ocurrencia de arrojarse a la piscina repentinamente, sin que él pudiera impedirlo. Explicaba también que se había confesado culpable porque le hacía mucha ilusión ver publicada su biografía en una revista y rogaba a su madre que recortara todos los capítulos y los pegara en un álbum. La madre, compungida, así lo hizo y todas las noches, antes de apagar la luz, besaba con ternura y emoción el álbum de los recortes.

California 1800

Ochocientos carromatos aguardaban ante la línea divisoria. Al otro lado se abría un vasto panorama de tierras vírgenes, ricas, fértiles y sin dueño. Quien llegara primero podría escoger la parcela que más le gustara. Bastaba con delimitar con estacas. Los caballos piafaban nerviosos, quizá contagiados por sus dueños. Resultaba un espectáculo grandioso y emocionante observar a los ochocientos carromatos, con sus lonas blancas, cargadas de gente y utensilios, aguardando la señal de salida... Un señor de chistera, blandiendo una bandera blanca en su mano derecha, se subió a duras penas a un barril y explicó a voz en grito que daría la salida, contando “Un, dos, tres...”. Se hizo un silencio impresionante en medio del desierto, castigado por el sol. “A la de una...”, empezó a decir. Exactamente no se sabe cómo ocurrió, pero el hecho es que un carromato se puso en movimiento, y al instante le siguieron en loca carrera los setecientos noventa y nueve restantes, levantando una gran polvareda. Rabioso, indignado, enfurecido, el señor de la chistera, subido en el barril, solo, en medio del desierto, gritaba: “¡No vale, hay que volver a repetir...!”.

El espía

No se sabía a ciencia cierta si era un buen escritor. El caso es que su existencia transcurría con graves dificultades económicas. Él creía en el arte y abandonó su tierra alemana para vivir una deplorable vida bohemia en París. Se hablaba de una posible conflagración bélica y cierto día un misterioso compatriota le propuso que colaborara por su patria. Le dio tantas razones como francos y terminó aceptando el trabajo que le encomendó. Recorrió Francia, inspeccionando discretamente todas sus fortalezas militares y tomando buena nota de todo. Al final de su viaje envió una magnífica descripción de lo que había visto. Tal fuerza tenía su prosa, tal calor sus descripciones acompañadas siempre de bellas imágenes y metáforas, que su “informe secreto” fue leído y releído por todo el Alto Estado Mayor. Posteriormente por todos los mandos militares, luego terminó publicándose por capítulos en un diario berlinés, que no pudo negarse a que lo reprodujera un diario parisino, el cual tituló el trabajo: “Francia vista por un alemán”. Gustó mucho, pero todo resultó inútil. La guerra estalló tres meses más tarde.

Vendedor de libros

Habían respondido a un anuncio del diario, en el que solicitaban “vendedores jóvenes, dinámicos y agresivos”. Fueron convocados y seleccionados una veintena. Se trataba de vender a domicilio una “fabulosa enciclopedia” con las “máximas facilidades de pago”. Previamente fueron instruidos en un rápido cursillo que los iba a capacitar para ser unos “vendedores natos”. Se pasaron toda la noche aprendiendo las argumentaciones que al día siguiente recitaron al Jefe del cursillo, a manera de examen final. El citado actuaba como un posible comprador y cada presunto vendedor debía salir airoso de todas las dificultades que les planteaba. Luego, todos juntos, escucharon las respectivas cintas magnetofónicas. En una de ellas, al final, se oyeron sollozos, llantos, súplicas, palabras entrecortadas, “Por Dios, por lo que más quiera...” y “Necesito trabajar”. El Jefe del cursillo, aconsejó que este tipo de argumentación melodramática fuese utilizada solamente en última instancia y en casos muy concretos.

Huelga de hambre

Decidió llevar a cabo una huelga de hambre. Había muchas cosas con las que no estaba de acuerdo. Vivía en una modesta pensión y era funcionario del Estado. En la oficina donde ejercía su trabajo no se atrevía a proferir protesta alguna. Pero pensó que en su habitación nadie podría impedirselo. La patrona le preguntó si se encontraba en sus cabales. Se sintió incomprendido. Al cabo de una semana totalmente desfallecido, fue recogido por unos camilleros, que lo trasladaron a un centro psiquiátrico. Le administraron suero y le obligaron a comer. Al cabo de tres meses, ya recuperado, volvió a su puesto de trabajo. Le comunicaron que durante su ausencia se había prohibido al personal tomar bocadillo alguno durante la jornada laboral. Como protesta se comió diez bocadillos seguidos. La segunda vez estuvo internado cinco años en el susodicho centro psiquiátrico.

Sordomudos

Afirmaba conocer el alfabeto de la mímica y entender a la perfección el lenguaje utilizado por los sordomudos. Es por ello que entró a prestar servicio en un nuevo y original programa televisivo. Su labor sería cómoda y bien remunerada. Debía limitarse a ofrecer las noticias que un locutor leía previamente, con los signos habituales del método para sordomudos. Días más tarde fue despedido de empleo y sueldo, por la denuncia de varios telespectadores sordomudos. Por lo que se pudo saber más tarde, era un impostor. Ignoraba totalmente el alfabeto mímico y se lo inventaba sobre la marcha. Alegó que tenía necesidad de trabajo y que estaba convencido de que la cosa no tenía la menor importancia, pues las noticias no tenían interés alguno y a nadie perjudicaba...

En el sofá

“Amo mi profesión, doctor. Me domina, me apasiona, me fascina. A las ocho de la mañana abro la puerta del establecimiento dedicado a la venta de aparatos sanitarios y a las nueve de la noche la cierro. Cuando me quedo solo y se han ido los dependientes me paseo por el local de arriba abajo, observo, toco, acaricio los aparatos sanitarios. Los bidés me excitan. Tienen formas de mujer. Esas curvas sinuosas, esas caderas redondas... Me tengo que contener para no abalanzarme sobre ellos; comprendo los problemas que tuvo el inventor del bidé para introducirlos en el mercado y explicar su utilidad. Problemas dialécticos, de difícil comprensión. Ni un gesto, ni un signo, porque al cliente hay que respetarlo... Perdone, doctor, que me haya ido por las ramas. A lo que iba... También hay lavabos excitantes, los buenos y lujosos lavabos, se entiende. En cierta ocasión...”.

Ileso

El autobús cayó, repleto de pasajeros, por un precipicio al perder su conductor el control del volante. Se hundió en las frías aguas de un torrente y pasaron varios días hasta que todos los cadáveres pudieron ser recuperados. En total: ciento cinco muertos y un superviviente que, milagrosamente, se salvó al ser despedido violentamente del autobús en el primer encontronazo. Un periodista le hizo una entrevista, la gente le felicitaba por su suerte y una “nueva vida se abría ante él”... Esto lo dijo el cura de su parroquia en la plática de la Misa que su mujer ofreció en acción de gracias. Pasaron los meses, siguió trabajando en su modesto puesto de funcionario y murió, años más tarde, tras una larga y cruel enfermedad, lamentando su mala suerte.

Ahorrador

Con muchos sacrificios había conseguido ahorrar una apreciable suma de dinero, a lo largo de muchos años. “Para la vejez”, se decía. Un amigo le aconsejó que no lo tuviera en una libreta porque el dinero se depreciaba... También había visto él unos grandes anuncios en los periódicos y en la televisión, de una inmobiliaria que ofrecía un elevado tipo de interés. Canceló la cartilla e invirtió su dinero en la inmobiliaria. Creía en los valores inmobiliarios, en las cosas tangibles, en las piedras, en los ladrillos. No supo a ciencia cierta por qué, pero el hecho es que la inmobiliaria quebró y se quedó sin sus ahorros. Afortunadamente el cáncer evitó que llegara a la vejez.

Comunidad de vecinos

Se reunían por vez primera los propietarios de la nueva casa, construida meses atrás en un barrio de la capital. Una reunión amable y cordial al parecer, donde todos se saludaron, reconociéndose unos a otros, tras los fugaces encuentros en el portal, o el ascensor. No hubo discusiones a la hora de adquirir un tresillo, un llamativo tresillo para el portal, pero cuando un propietario denunció una gotera “proveniente de la bajada general” y reclamó la oportuna reparación del empapelado de su dormitorio a cuenta de la Comunidad, se armó un cisco tremendo... Casi llegaron a las manos. De todas maneras, el tresillo gustó a todos. El propietario perjudicado por la gotera entabló pleito contra la Comunidad. Le retiraron el saludo en el ascensor y en el portal, tanto a él como a su mujer, y ningún niño de la vecindad quiso jugar con sus hijos. Se supone que cumplían órdenes de sus respectivos padres.

Llamadas anónimas

Trabajaban en una agencia de Aduanas de la capital y se aburrían soberanamente. El trabajo era más bien escaso y los empleados del “Departamento de extranjero” se las ingeniaban para matar el tiempo. La lectura asidua y exhaustiva de la prensa hizo que uno de ellos propusiera llevar a cabo una divertida broma. Pidieron línea a la telefonista y utilizando el prefijo conveniente llamaron directamente a Londres, al Teatro Covent Garden. “Hay una bomba”, advirtió el especialista en inglés. Al cabo de unos días, leyeron la crónica en un diario español, enviada por el corresponsal en la capital británica, que hablaba de una alarma infundada en el teatro en cuestión. Animados por el éxito, repitieron la operación en el Teatro de la Opera de París y la Scala de Milán. La broma resultaba apasionante, dadas las repercusiones periodísticas, y pensaban que sería difícilísimo que las llamadas pudieran ser controladas. Un día se les ocurrió llamar al Liceo de Barcelona. Al cabo de unos minutos fueron detenidos todos ellos en la misma oficina.

Dulce muerte

La llevaron en coche hasta la coqueta residencia para ancianos. “Te gustará”, le dijo su hija. La pobre mujer sonrió con cierta tristeza. Dos amables y elegantes enfermeras la acompañaron hasta el magnífico despacho del director del centro, que efusivamente le dio la bienvenida. Le mostraron luego su habitación dotada de todas las comodidades y con un televisor a color. En el comedor, dispuesto con gusto, conoció a sus compañeros y compañeras. Todas mostraban un aire triste y resignado, pese al ambiente de pretendida alegría, artificialmente creado con unos altavoces, que expandían ininterrumpidamente pasodobles y zarzuelas. La estancia resultaba cara, y cuando la familia allegada o pariente responsable no ingresaban regularmente la cantidad estipulada, eran requeridas por carta perentoriamente. Nadie había dejado sin pagar más de tres mensualidades. Al cuarto mes, de no remediarse la situación, se producía inexorablemente una vacante. Algunos ancianos lo sospechaban y cuando rezaban, en sus secretas intenciones, decían: “Para que nunca falle el giro...”.

El discurso

El Consejo de Administración se hacía eco de la inquietud que reinaba entre el personal de la empresa. “El aumento del coste de la vida tenía la culpa, según el Presidente, y era preciso afrontar la situación con decisión y energía, sin ambages ni rodeos”. Todos los consejeros se mostraron de acuerdo con lo dicho y le animaron a que convocara al personal. Había que tranquilizarlo y ofrecerle algo... El Presidente, nervioso, se tomó un “whisky” antes del discurso. Algunos consejeros opinaron que tomó alcohol en exceso. El hecho es que habló más de la cuenta, prometió más de lo debido y puso en aprieto el porvenir de la empresa. La cerrada salva de aplausos con que fue acogido el discurso por parte de los empleados les vino a confirmar estos temores. Al día siguiente, el Presidente tuvo que dimitir y los consejeros hicieron correr el rumor de que era un borracho empedernido y no se le podía tomar en serio...

El emigrante

Volvió al pueblo con la carta de despido de la fábrica alemana donde había trabajado durante siete años, en el bolsillo. No le hicieron el mismo recibimiento que en anteriores ocasiones. Le preguntaron, en la taberna, sarcásticamente, por el reloj de oro y el coche. El primero lo vendió, el coche era alquilado... Y por lo que respecta a sus ahorros y la indemnización percibida, lo había invertido todo en un piso en la ciudad. Lo malo es que su cuñado se lo alquiló en un precio superior al que le correspondía, ya que era de “renta limitada”.

El inquilino denunció el contrato y se negó a pagar. Finalmente, el emigrante tuvo la suerte de colocarse en la misma taberna del pueblo, en la cocina. Trabajaba doce horas diarias, incluidos los domingos. Se quedó con el apodo de “el alemán”, y él, entre dientes, solía decir: “¡Qué más quisiera yo!”.

Oriundo

No llegaban en el momento más oportuno. No se había atrevido a contarles, por carta, la verdad y lo que ocurría, porque sabía, además, la gran ilusión que tenían de volver a verle, tras haber abandonado su patria hacía dos años. Y ahora estaban descendiendo por la escalera del avión que los había traído directamente desde Buenos Aires. Le habían dado mucho dinero por fichar por un importante equipo de fútbol español. Al despedirse, les prometió solemnemente que un día les mandaría dos billetes de avión, para que se vinieran a vivir con él. Cumplía lo prometido y por eso estaba allí, esperándoles. Ni su padre ni su madre habían estado jamás en España. Nacidos en una pequeña localidad siciliana, había transcurrido toda su vida en la Argentina... Les extrañó mucho la cara hosca de su hijo, el hecho de que los mantuviera ocultos en su apartamento de soltero, aislados de todo el mundo, que les prohibiera coger el teléfono para contestar a cualquier llamada... La situación se hizo insostenible. “¡Te avergüenzas de nosotros, hijo!”, le decían en tono recriminatorio. Y el famoso futbolista sólo sabía decir: “No es verdad, no es verdad...”. Cuando se volvieron a Buenos Aires, el hijo no pudo por menos que emitir un suspiro de alivio.

Teresina

La niña se llamaba María Teresa, pero en el colegio la llamaban Teresina, quizá debido al hecho de que varias de las monjas de la Orden provenían de Italia. Un día, en una de las numerosas funciones religiosas que las alumnas del Centro se veían obligadas a soportar, el capellán se refirió a ciertos padres que no cumplían con sus deberes de católicos, y organizó una especie de “cruzada familiar”. La jornada dominical del padre de Teresina se vio interrumpida por la insistencia de la niña para que asistiera a misa. No se atrevió el hombre a decir nada, por no enfrentarse con su mujer, en quien Teresina encontró una fiel aliada. El “triunfo” de la niña fue celebrado por todo el colegio, con alborozo particular de las monjas. Y el padre de Teresina tomó la costumbre de desayunar y leer el periódico en una cafetería, en solitario, mientras duraba la misa.

Rey mago

Estaba comiendo tranquilamente en la garita de la portería, en compañía de su mujer, pero la presencia de dos guardias interrumpió la modesta pitanza. Le conminaron a que les acompañara hasta la comisaría más cercana. ¿Alguna denuncia?, inquirió suavemente. “Doscientas cincuenta exactamente”, respondió uno de ellos. La mujer no daba crédito a sus ojos. ¿Qué había hecho?, preguntó con voz trémula. El hombre no supo qué contestar... Se fueron en silencio. En la comisaría se encontraba el director de unos grandes almacenes, donde había sido contratado como “rey mago” durante las fiestas navideñas (sus vacaciones en la portería de la finca las aprovechaba en parte para este menester, y en verano para sustituir a un compañero) y un centenar de padres de familia, acompañados de sus hijos pequeños. Le acusaban de abuso de menores, mientras los sostenía sobre sus rodillas y le contaban los juguetes que querían... Un padre se dio cuenta del hecho... Como los niños no lo reconocían en traje de paisano, le obligaron a vertirse con el disfraz de Rey Mago que el director de los grandes almacenes llevó consigo por precaución. De esta manera todos los niños dijeron: “¡Es él!”. Pero dejaron de creer en los Reyes Magos...

Cartas anónimas

La empresa se negó a subirle el sueldo. Descargó su rabia y furor escribiendo una carta anónima al director, llena de amenazas, palabras soeces e insultos groseros que se extendían a todos los miembros de la familia, salpicando a la tercera generación. Al cabo de unos días, el director, con rostro grave, acompañado por un señor que tenía el aspecto de ser inspector de policía, les reunió a todos y solicitó escribieran al dictado una carta de su puño y letra, debidamente firmada, por supuesto. Respiró tranquilo porque su carta la había escrito a máquina. Al día siguiente diez compañeros fueron despedidos de la empresa y denunciados en el juzgado por “insultos y ofensas” en la persona del director. Otras ciento veinticinco cartas, escritas a máquina, quedaron sin poder aclararse su procedencia y autores de las mismas.

La medalla

Se alarmó al leer en la prensa varios casos de compañeros que habían descubierto que sus medallas de oro, concedidas por sus “méritos laborales” el día de su jubilación, eran falsas. Su mujer, una paciente esclava del hogar, de sus caprichos y manías de viejo, para tranquilizarlo y ante sus insistentes ruegos, mostró la susodicha “medalla” a un experto para que verificara su autenticidad. La pobre señora, no se atrevió, al volver a casa, tras la consulta, a contarle la verdad. “Tranquilo. Es auténtica”, dijo. El anciano emitió un suspiro de alivio y siguió leyendo apaciblemente su periódico. Un año más tarde enfermó y su dolencia acentuó el trabajo de su mujer, que noche y día se veía obligada a atenderlo. La fatiga se reflejaba en su rostro. Estaba harta, irritada y no veía el final de aquella insostenible situación. Su marido, en un momento de serenidad y lucidez, le regaló la “medalla de oro” y ella no pudo contenerse. “¡Es falsa, imbécil!”. Una frase que luego, viuda, le remordería hasta la tumba...

La camarera

Llegó a la gran ciudad y entró a servir en casa de unos respetables señores. Enviaba a sus padres, que vivían allá, en el pueblo, unos modestos giros postales que con los meses fue incrementándolos, gracias a la nueva ocupación que había encontrado como camarera en un lugar que no precisó muy bien en su carta. La alegría y orgullo de los padres por aquella hija tan buena y cariñosa sufrió un rudo golpe cuando recibieron una carta de un tribunal tutelar de menores notificándoles que su hija se hallaba bajo su custodia, tras haber sido detenida en una sala de fiestas, donde, al parecer, prestaba diversos servicios, entre ellos el de camarera. Cuando la enviaron a casa, su padre le propinó una brutal paliza y su madre la insultó y escarneció despiadadamente. Días más tarde desapareció y nunca más supieron de ella. El padre, de vez en cuando, se acercaba por la oficina de Correos, esperando encontrarse con algún giro postal a su nombre: en vano. Que fuera una prostituta era una desgracia, pero que se comportara tan egoístamente con sus pobres padres, no tenía perdón de Dios, repetía el hombre una y otra vez al funcionario que le atendía.

El invento

Era fontanero y en sus horas libres —que eran muchas, dado que en la perdida localidad donde ejercía su profesión, los clientes eran escasos— se dedicaba a “inventar”. Nadie le tomaba en serio. Llevaba quince años trabajando en una bomba atómica de bolsillo. Creía haberlo conseguido. Se lo contó al corresponsal del diario de la capital, pero le tomó por loco y no envió ninguna línea. Consternado, dolido y despechado, preparó una explosión nuclear para el día del cumpleaños de su mujer. Al apagar las velas de la tarta de un soplo, un ingenioso dispositivo provocaría la explosión. Así ocurrió. El hongo atómico se divisó a varios cientos de kilómetros y el pueblo prácticamente desapareció del mapa y de la tierra. Dada la lógica ignorancia de los hechos, se hicieron muchas especulaciones en el país y en la capital se practicaron algunas detenciones.

Acaparadora

La pobre viuda vivía sola. A su marido le habían matado en la guerra. No llegaron a tener hijos. Su existencia era muy precaria y las noticias que leía en el periódico la deprimían y asustaban. Decidió invertir sus pequeños ahorros en lo que preveía escasez o encarecimiento... Compró muchos kilos de azúcar, muchos litros de aceite y muchas cajitas de cerillas. Otra lectura del periódico le indujo un día a comprar varias bombonas de gas butano. Su mente empezó a desvariar. De otro modo no se explica que le diera por comprar gasolina de noventa y seis octanos y que no tenía, por supuesto, coche alguno. Llenaba un bidón de cinco litros en la gasolinera y lo vaciaba en la bañera de su casa. Gastó así todo su dinero y llegó un momento en que no pudo pagar el alquiler del piso. Le llegó el desahucio. Desesperada, pensó en quitarse la vida. Encendió una cerilla junto a la bañera y las bombonas, pero pensó que ello podría molestar a los vecinos y prefirió dirigir sus pasos hacia el Viaducto. Murió en el acto. Al saberse lo que acaparaba en su casa, fue muy criticada por la vecindad en general.

El pantano

No había otra elección. El pueblo quedaría próximamente sumergido por las aguas del nuevo pantano y tenían que irse... Les habían construido otro pueblo nuevo a veinte kilómetros de distancia. Un anciano del lugar se mostró disconforme y reacio. No atendió a razones y ni corto ni perezoso se subió con provisiones a la torre del campanario. Moriría ahogado. El alguacil por poco murió descalabrado cuando intentó subir para detenerlo. Pensaron que lo mejor sería dejarlo. Al verse solo bajaría por propia iniciativa. No bajó. Y quienes volvieron a por él arrojaron grandes peligros, pues arrojaba grandes pedruscos sobre sus cabezas. Le dejaron por imposible... No se hizo el pantano por falta de presupuesto y cambio de planes. Volvieron todos sus habitantes de nuevo con sus enseres y bártulos a ocupar sus viviendas al cabo de tres meses de ausencia. Encontraron el cadáver del anciano en un pozo. Calcularon que llevaba dos meses allí abajo. Todo hacía suponer que quiso beber agua y se cayó al intentar llenar el cubo. Quien más, quien menos, pensó que había muerto como quería.

Un día cualquiera

La profesora, en su casa, se dispuso a corregir los ejercicios de redacción. El tema impuesto era: “Un día cualquiera” y las alumnas quinceañeras en su totalidad, narraban con desespe rada y monótona vulgaridad los actos cotidianos que configuraban su inocua e idéntica personalidad. Uno tras otro, la profesora, mecánicamente, corregía los ejercicios. Todas más o menos narraban lo mismo. Eso sí, el hecho no tenía importancia, porque se trataba de pulir el estilo y cuidar la sintaxis. Pero un ejercicio, de repente, le llamó poderosamente la atención. Aquel texto que estaba leyendo delataba, en su ingenuidad, una relación inconfesable. Aterrorizada, volvió a leer el ejercicio. No daba crédito a lo que leía. Apenas pudo dormir. Al día siguiente, aparentando naturalidad, rogó a la autora del ejercicio en cuestión que viniera su padre a verla. Cuando lo tuvo delante le mostró el ejercicio. Turbado y asombrado, negó lo escrito y lo achacó todo a la imaginación de su hija. La profesora, dudosa, dictó otro ejercicio al día siguiente bajo el tema: “Por qué amo a mi padre”.

Secuestradores

El plan, en su primera fase, salió a la perfección. En pleno vuelo, conminaron al comandante del avión para que aterrizara en el aeropuerto más cercano. Ningún pasajero ni miembro alguno de la tripulación opuso resistencia. Una vez que hubieron tomado tierra, los secuestradores ordenaron tanto a los tripulantes como a los pasajeros que se desnudaran. Pensaban que así les resultaría más penosa una posible huída por las pistas de aterrizaje ante tantos miles de ojos. Porque la noticia había corrido como la pólvora y cientos de curiosos se agolpaban para ver el aparato secuestrado. La policía impedía que se aproximaran. Los secuestradores exigieron un millón de dólares. Las autoridades se negaron. Rebajaron sus pretensiones, pero la negativa persistía... Por último, dado que se conformaban con mil dólares, los mismos pasajeros reunieron la cantidad requerida y, previa devolución de sus vestidos, entregaron el dinero a los secuestradores y abandonaron el avión. Pero éste no podía despegar porque a juicio del comandante necesitaba combustible. Las autoridades pretendían cobrar su importe y los secuestradores, al ver que les tocaba poner algo de su bolsillo, decidieron entregarse. En medio de las carcajadas generales, se introdujeron abochornados y cabizbajos, en el furgón de la policía.

Agenda de un burgués

“Cerca del lugar donde trabajo he encontrado sitio para aparcar el coche. Cuando me disponía a realizar la maniobra oportuna, otro coche, rápidamente, ha ocupado la plaza. Le he tocado el claxon pero no se ha inmutado. Me he bajado y le he abordado cuando se disponía a marcharse. Era un joven de aspecto aniñado. “Llévese el coche o le parto la cara”. No me ha hecho caso. Le he partido la cara. Un transeúnte ha intentado salir en su defensa. Confieso que me he portado salvajemente con él, pero confío en que el Señor habrá sabido perdonarme. Luego la maniobra de aparcamiento me ha salido bien a la primera intentona. Buena señal. De todos modos, desde mañana he decidido recibir lecciones de “Karate”, por lo que pueda pasar”.

El empleo

Gracias a sus periódicas remesas de dinero vivía con holgura su familia en el pueblo. Sus padres esperaban con ansia que volviera junto a ellos para que disfrutara por lo menos de unas vacaciones bien ganadas, pues llevaba ya cinco años seguidos en el extranjero. Ignoraban cuál era su ocupación. Se lo habían preguntado en varias cartas, pero respondía siempre confusa y vagamente. Trabajaba por las noches, desde luego. Sus padres lamentaban que, fuese en lo que fuese, tuviese un turno nocturno. En otra carta añadió que no podía ser de otra forma, lo que provocó todavía mayor confusión. Por fin un paisano llegó al pueblo de vacaciones y aclaró la ocupación del hijo. Actuaba en una sala de fiestas. Aparecía ante el público, arrastrando una ternera, y empuñando un taburete. Luego se subía, mejor dicho, se sentaba... (el paisano por poco se equivoca) en el taburete y ordeñaba a la ternera. Todos se reían y aplaudían. Los padres no terminaron de comprender aquella estupidez, pero pensaron que ciertamente era un trabajo cómodo y bien pagado.

Las gafas

Se la había enviado su cuñado desde Nueva York. Era una revista de las llamadas “pornográficas”. La mostró a sus compañeros de oficina y uno de ellos, que sabía inglés, se percató de un pequeño anuncio que ofrecía, contra reembolso, unas gafas especiales “que permitían ver a la gente al desnudo”. Surgió una discusión entre creyentes y escépticos y decidieron encargar al cuñado del compañero las discutidas “gafas”. El personal femenino no intervino en la discusión, pero algunos elementos dieron muestras de evidente nerviosismo cuando las “gafas” llegaron un mes más tarde. En un aparte, el personal masculino comprobó que la oferta era un timo. Pero cuando decidieron callar ante sus compañeras y uno de ellos se las puso, observando descaradamente a una de sus compañeras, ésta, recatada y pudorosa, con los ojos aterrorizados, tratando con una mano de ocultar su pecho y con la otra, blandiendo una carpeta ante su bajo vientre, gritó llena de cólera y rabia: “¡Fuera, basta, sinvergüenza...!” y se echó a llorar.

Regreso al hogar

Le ocurrió el hecho un día, al anochecer, de regreso a casa, tras haber cumplido su jornada laboral. Se había olvidado las llaves al salir de casa por la mañana y tocó el timbre. Al cabo de un rato abrió su mujer la puerta. “¿Qué desea usted?”. Pensó que estaba de broma. Pero firme en la puerta, no le dejaba entrar. La pregunta volvió a formularla varias veces. Todo resultó inútil. La puerta se cerró con estruendo y rapidez. Rogó, suplicó, chilló, protestó, gritó... Los vecinos se asomaron para ver lo que ocurría en la escalera. Fue entonces, al ver sus rostros desconocidos, cuando se percató de que se había equivocado de portal... Y, por supuesto, de mujer.

El guardia

Encontró a dos individuos charlando apaciblemente pero apoyándose en el “capot” de su coche, aparcado junto a la acera de una calle poco concurrida. Les invitó con corteses palabras a que se apartaran del coche y le dejaran entrar en el mismo. No le prestaron la más mínima atención. Se fue en busca de un guardia. Volvió al cabo de unos minutos acompañado de uno. Llevado por su celo profesional, el agente municipal, ante todo, le extendió una multa por “aparcamiento indebido”. Luego les conminó a los dos individuos a que despejaran el lugar y desapareció. Los individuos siguieron charlando y el dueño del coche, confuso, se dirigió a la parada más próxima del autobús que le conduciría hasta su casa. El guardia le había hecho un descuento por pagar en el acto.

Vendedor nato

Pocas veces visitaban la exposición clientes de tanta importancia. El Jefe del Departamento Internacional de Ventas estaba contento, más bien excitado, ante la magnitud de la operación. Los individuos, cinco en total, parecían africanos, quizá árabes. No se sabía exactamente en qué idioma se expresaban... Mostraban gran interés por el moderno armamento exhibido. Los encargos los verificaban utilizando los dedos de las manos. Cinco tanques, tres cañones antiaéreos, dos cañones de tamaño medio, un lanza—cohetes, cien ametralladoras, mil fusiles, mil bombas de mano... (cien veces uno de ellos mostró sus diez dedos). Cuando la lista de petición de material estuvo preparada, uno de los individuos en cuestión se dispuso a estampar su firma, mejor dicho, su pulgar derecho. De repente, sus ojos repararon en un vulgar pisapapeles de bronce fundido. Inquirió con la mirada sobre su utilidad y el Jefe del Departamento, ni corto ni perezoso, lo cogió con su mano derecha y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza de uno de los vigilantes de la exposición, que cayó al suelo fulminado. Los individuos, sorprendidos y sonrientes, se pasaron media hora indicando con los dedos que querían doscientos mil pisapapeles del modelo aludido.

Farsante

Se hacía pasar por sordomudo y vendía lotería falsa. Siempre ocupando su esquina, en una calle muy concurrida de la gran ciudad, y dispuesto a desaparecer de la faz de la tierra en cuanto les correspondiera a “sus números” un premio importante. Pero, para su fortuna, esto no ocurría... Hasta se había permitido el lujo de abonar “una terminación” y “una pedrea”. La gente compraba sonriente y complacida; le hablaba pero él solamente esbozaba una amable sonrisa. Un día, un ratero que había observado la importancia de sus ingresos, le robó la cartera de improviso. Quiso gritar, pero se contuvo. Hubiese echado a perder el negocio...

“Sala de la juventud”

Después de cenar copiosamente en un restaurante de moda, los tres matrimonios decidieron proseguir la velada en una sala de fiestas que la publicidad definía como “la sala de la juventud”. Alegres y dicharacheros, su conversación en alta voz vino a turbar la tranquilidad de varias parejas, arrulladas por música “pop” en discretos rincones, débilmente iluminados. Uno de los recién llegados, un cincuentón de anchas espaldas, de porte distinguido y voz altanera, observó molesto a una de las parejas que se besaba con pasión, y comentó con sus compañeros la falta de educación que mostraban “ante las señoras”. Llamó al “maitre”. Este, ante el tono recriminatorio del cliente, no pudo por menos —muy a su pesar— que llamar suavemente la atención a la pareja. Como quiera que la misma no se inmutara, se levantó el caballero, a pesar de las protestas airadas de su mujer y amigos y propinó una sonora bofetada al joven. La pareja, confusa, abandonó el local. El caballero, satisfecho, volvió a sentarse. “Siempre serás el mismo”, le dijo su mujer.

Auto-stop

Le aseguraban que la práctica del auto-stop entraña muchos peligros, pero él se negaba a admitirlo. ¿Cómo podía ser peligrosa, por ejemplo, la presencia de aquella dulce muchacha de ojos azules que llevaba sentada a su lado, recogida quince kilómetros antes? Quería llegar a Venecia. “¿Conoce usted Venecia?”. No, no conocía esa ciudad ni cualquiera otra de Italia. Jamás había estado en Italia. ¿Era normal?, se preguntó. No, no era normal. Fue un viaje maravilloso, turbado solamente por el recuerdo de la mujer, suegra e hijos que había dejado atrás. Intentó explicar lo ocurrido por carta, antes de afrontar el regreso.

La fuga

Decidieron fugarse, al igual que lo habían hecho tantas parejas de enamorados a lo largo de los siglos. A su vuelta, ante el hecho consumado, los padres de la muchacha no tendrían más remedio que aceptar la situación. El plan salió a la perfección, pero se sintió molesto al regreso, ante la efusiva alegría de los padres de la muchacha, que en momento alguno tuvieron palabras de reprobación. Se casaron de inmediato y meses más tarde, tomando café en casa de sus suegros, pudo enterarse por ellos, gracias a una trivial conversación en torno al carácter fantasioso e infantil de su hija, de lo propensa que había sido su mujer a fugas y escapatorias. Lo achacaban a la lectura de novelas, a la televisión, al cine, a las malas compañías... “Desde luego, usted fue el único que se atrevió a presentarse con ella”, afirmó la madre, mirándole con ojos agradecidos y tiernos.

Déspota

Comían y cenaban en silencio, mientras el padre leía los periódicos. Jamás una palabra, una frase o un comentario habían logrado turbar su lectura. Un día, el hijo mayor expresó su deseo de ser sacerdote, sin que el padre se percatara de lo dicho. En otra ocasión, la hija anunció, con evidente temor reflejado en sus palabras, que se iba a casar. También la madre, años más tarde, comentó que su salud no era buena. Sus palabras se entrecortaron con un débil quejido. Se enteró de su fallecimiento leyendo, naturalmente, el periódico del día, en la mesa, mientras almorzaban. Sus ojos llorosos se encontraron con los ojos cargados de odio de su frustrado hijo y de su hija solterona. Comprendió que no es bueno leer los periódicos en la mesa.

Hundimiento

El edificio se vino abajo a medio construir y los técnicos afirmaron que por culpa de una defectuosa cimentación. Los bomberos se afanaban en extraer los cadáveres de los infelices que habían encontrado la muerte trabajando. Un reportero tomaba en su bloc las consabidas notas. Dada la ignorancia, por parte de los dirigentes de la empresa constructora, el número de desaparecidos y víctimas, optó por anotar cuidadosamente los cadáveres localizados... “Diecisiete, dieciocho, diecinueve, vein...”. Se detuvo porque los bomberos habían descubierto una pierna, pero al retirar los cascotes en torno a ella, comprobaron que la misma estaba cortada y que pertenecía a un cuerpo encontrado con anterioridad. Borró lo escrito y lo dejó definitivamente en “diecinueve”. Lo lamentó porque siempre al titular resulta más llamativa la palabra “Veinte” (“Veinte muertos en el hundimiento...”, etc) que “diecinueve” (“Diecinueve muertos en...” etcétera).

Ataque masivo

El enemigo estaba allí, fuertemente atrincherado y protegido por numerosas baterías, que cubrían con su fuego todo el valle. Era preciso atravesarlo con cargas furiosas de la caballería. El Alto Estado Mayor calculó que serían precisas cinco oleadas, cada una de ellas con cinco mil hombres. Teniendo en cuenta que el enemigo causaría un sesenta o setenta por ciento de bajas, era lógico suponer que la quinta oleada llegaría a su destino. Dadas las órdenes pertinentes se iniciaron las cargas. La batalla no se desarrolló según el cálculo previsto y lo cierto es que para la supuesta última y definitiva oleada, sólo quedaban dos soldados. Preguntaron éstos si la carga tenían que hacerla al galope forzosamente como las anteriores. Vistas las circunstancias se les dio plena libertad para hacer lo que quisieran. Y los dos soldados, pie a tierra, cansadamente, arrastrando de la brida a sus respectivos caballos, se lanzaron contra el enemigo, hablando tranquilamente de sus cosas...

El buzón

Tras un viaje de negocios que llevó a cabo por el extranjero, tuvo la ocurrencia de implantar un “buzón de sugerencias” en la fábrica. Una nota colocada encima del buzón indicaba que toda idea o sugerencia digna de interés y aprovechable por la Dirección, sería compensada con una estimable cantidad de dinero en metálico. Fueron numerosas las sugerencias recogidas al cabo de la primera semana. Una de ellas fue tomada muy en cuenta por lo que mucho personal fue despedido al comprobarse, efectivamente, que el trabajo que realizaban no era en modo alguno rentable. Nadie supo quién había sido el autor y responsable de la sugerencia, pues el Director no quiso decirlo. Pero desde aquel momento nadie volvió a depositar misiva alguna en el buzón, y todo el personal se vigilaba con recelo y desconfianza dentro y fuera de la fábrica. Cuando T. se compró cinco años más tarde un televisor a color, muchos compañeros creyeron ver en él al autor de la sugerencia.

La bomba atómica

Era rabiosamente feliz, inmensamente feliz. Reía como un idiota, solo, en medio de la calle, camino de la casa de sus padres. Arrastraba su medio cuerpo, emplazado en un carrito con ruedas, con sus manos, protegidas con guanteras de cuero. Al volver del frente temió que su novia, viéndole reducido a aquel estado, le abandonara. Pero no fue así. Solícita, arrodillándose, colocó un beso en su frente. Por eso caminaba, perdón se deslizaba, ahora tan feliz. Le importaba un bledo que Japón ganara o perdiera la guerra. El sufrimiento le había hecho egoísta. Era el hombre más feliz de todo Hiroshima. Y cuando oyó muy lejano el zumbido de un avión pensó que no había bombas en el mundo suficientes que pudieran empañar su felicidad. El desconocimiento de los avances técnicos norteamericanos en materia nuclear le hacía asumir las consabidas y tontas actitudes del enamorado.

Hombre-pájaro

Su trabajo básico se desarrollaba regular e invariablemente en la Oficina Municipal de Impuestos. Pero tenía una afición secreta, una ambición oculta: volar. Por sus propios medios, se entiende. Tras cinco años de trabajos y afanes, logró fabricar, en su pequeño taller de carpintería, un ingenio volador. Una mañana fría de domingo planeó con éxito por la ciudad, sin que, al parecer, nadie se percatara del hecho. Loco de alegría lo contó en la Oficina. Ante la indiferencia y escepticismo de sus compañeros, se ofreció a repetir la hazaña. A las once de la mañana de un lunes laborable, planeó y dio varias vueltas al edificio que albergaba la susodicha Oficina, a la altura de la planta undécima. Estos no daban crédito a sus ojos. El Jefe de Negociado, irritado por la algarabía provocada, le descontó un día de sus vacaciones y le prohibió volar en horas de Oficina.

Los novios

Veinticinco años de noviazgo eran muchos años. Así lo estimaban los dos, es decir, el novio y la novia. Sólo tenían una alternativa: casarse o separarse. Probaron la separación. Imposible. Ella prorrumpió en llanto al doblar la esquina, ante el asombro de los peatones. Él la llamó por teléfono ansiosamente por la noche a su casa, jurándole que no podía vivir sin ella. Decidieron casarse. La noticia conmovió a la madre de la novia. Lloró, sollozó sin tregua y pausa. “Mi hija, mi pobre hija decía—, casarse así... tan de repente”.

En el avión

El avión de la línea regular volaba repleto de pasajeros. Era un vuelo con escalas previstas... Por lo menos, así lo creyó cuando montó. Se llevó una gran sorpresa al enterarse por la azafata de que, dado que era el único pasajero con billete para Wichita, el avión (evidentemente con la intención de ahorrar combustible) no haría escala... “Se precisa un mínimo de dos pasajeros”, le aclaró la azafata y le tendió el paracaídas, que utilizaban para estos casos. Atemorizado sugirió la posibilidad de continuar el vuelo. Se le informó que podía hacerlo, pero abonando un suplemento. Ante esta perspectiva se dejó enfundar dócilmente el paracaídas. Los demás pasajeros no prestaban la más mínima atención a la conversación. Leían, dormían, charlaban. Parecían estar habituados a estos preparativos. Cruzaron el pasillo y llegaron a la portezuela trasera del avión. Un rótulo decía: “Salida de emergencia”. La azafata, mientras abría la misma, indicó al pasajero una anilla que le colgaba del paracaídas: “Tire de ella una vez que haya contado hasta diez”. Y empujó al vacío al aterrorizado pasajero. Su cadáver, naturalmente destrozado, lo encontraron una semana más tarde. Se armó un pequeño escándalo y la Compañía se avino a mejorar el dispositivo de los paracaídas utilizados en estos casos.

El robo

Dejaba aparcado el coche en una callejuela céntrica, mientras cumplía su jornada laboral en una entidad bancaria. Un día, al salir, sorprendió a un individuo en el interior de su coche. La sorpresa fue tan grande que no reaccionó en el primer momento, dejando que emprendiera la huída. “¡Al ladrón!”, gritó desaforadamente, corriendo tras el individuo. A sus gritos unos cuantos transeúntes reaccionaron. Uno de ellos logró ponerle la zancadilla. El fornido individuo cayó al suelo lastimándose un pie. Su cazador le asestó un puñetazo y empezó a sangrar de las narices. Cogido entre cinco empezaron a llamar a un guardia. No acudió ninguno... Se lo entregaron finalmente al empleado bancario. Le metieron en su coche, aconsejándole le llevara rápidamente a la Comisaría más cercana. El empleado, visiblemente turbado, arrancó con el fornido ladrón que continuaba sangrando por la nariz... Le ofreció su pañuelo y se ofreció a llevarle a su casa. “No se preocupe, no le voy a denunciar”, afirmó con voz entrecortada.

El semáforo

Iba con su hijo de seis años camino de casa, tras haber jugado en el parque.

Al llegar al semáforo el niño apretó el botón de “cruce”. Esperaron un momento y cruzaron en “verde”. Un coche, que venía lanzado, con cinco individuos en su interior, pegó un frenazo, esquivó a la pareja asustándola y prosiguió su viaje. El padre gritó y lanzó un terrible insulto contra la madre del conductor. Unos metros más adelante el coche se detuvo. El chófer se dirigió al hombre, que sin intentar reaccionar siquiera, recibió una sarta de puñetazos. Los demás ocupantes del vehículo lograron separarlo y llevárselo. El niño lloraba y gritaba “Papá” con desgarró. Nadie circulaba por la calle en aquel momento... Padre e hijo reanudaron el camino. El padre se limpiaba las heridas y contusiones y calmaba al niño. “No le contaremos nada a mamá, ¿eh?... Pero si te pregunta algo, le dirás que papá se ha pegado contra cinco hombres malos... Cinco, recuerda, cinco”.

En suiza

Era una residencia cara y de prestigio. Quizá la más cara y la de mayor prestigio de Suiza. Todos los hijos de las familias más notorias de Europa recibían, en la misma, educación e instrucción. A su servicio figuraban un crecido número de sirvientes de ambos sexos, en su mayoría extranjeros. El último de los contratados, un joven turco de famélica figura, se esforzaba por agradar a la Dirección y complacer a los educandos. Limpiaba los retretes, servía los desayunos, recogía las pelotas con destreza en las pistas de tenis, llevaba los cestillos con provisiones en las excursiones por la montaña (a la hora del yantar se alejaba discretamente de los grupos y comía en solitario sus bocadillos), etcétera. Un día, en la clase de equitación, al estar uno de los caballos enfermo, como quiera que una niña de ojos azules y cabellos rubios se pusiera a berrear, al ver que quedaba en tierra y sus compañeros se alejaban en sus monturas, se ofreció a llevarla sobre sus hombros. La niña se divirtió mucho. El joven turco extenuado no pudo al día siguiente servir los desayunos.

Leones

Trataba de demostrar al empresario que su número circense era único en el mundo. Montó la jaula y encerró en la misma a cuatro enormes leones. Desde fuera entregó a uno de ellos un aro. Un león lo sostuvo con su pata derecha mientras que otro saltaba atravesándolo limpiamente. A otra señal del domador los leones jugaron al corro, erguidos sobre dos patas. Luego con una pelota dieron cabezadas. Lo hacían todo sincronizadamente, con gran maestría. El empresario no quedó muy convencido de la atracción. Le dejaban frío aquellas habilidades de los leones. “Parece como... como si usted les tuviera miedo... No se acerca a ellos, no arriesga nada... En dos palabras: no hay emoción”. El domador, sorprendido y dolido por aquellas palabras, se introdujo resuelto en la jaula y profirió un rugido terrible. De un salto los cuatro leones, asustados, se encaramaron al techo de la jaula, y allí permanecieron varias horas. Hasta que no perdieron de vista al domador no se atrevieron a bajar...

La calumnia

Unas cartas anónimas iban a destrozar su vida... Unas cartas abyectas, groseras, infames, calumniadoras, estúpidas, que recibió el alcalde primeramente, luego el párroco, y después unas cuantas personas más de la pequeña localidad. Él ignoraba la existencia de las mismas, pero observó, sin embargo, cómo poco a poco, paulatinamente, la gente dejó de hablarle. Lo mismo ocurrió con sus discípulos. Se preguntaba el maestro por la posible causa, si olería mal su aliento, si no aprobaban su sistema de enseñanza... El caso es que un día, harto de tanto vacío en torno suyo, abordó al alcalde, que paseaba por la plaza mayor, y le pidió hablar a solas... El alcalde se negó, enfurecido: "Por lo que pueda pensar la gente, más vale que no hablemos a solas...". Al maestro aquella respuesta le pareció una solemne tontería y no insistió.

Ahorrando

Tras la cena, a los postres, el hombre extrajo un cuaderno del aparador y con un lápiz se puso a hacer números. Su mujer y los hijos en la habitación contigua, veían un film en la televisión. Cuando éste hubo terminado y los niños se retiraron a dormir, el matrimonio se quedó comentando la situación económica. “Esto no puede seguir así... Tendremos que prescindir del coche”. La mujer se resistía... Por los niños, por los vecinos, por la familia. Esbozó un plan de ahorro, para paliar la situación. “Comemos demasiado, Antonio”, y diciendo esto se retiró a la cama. El tal Antonio cerró el cuaderno y lo volvió a dejar en su sitio. Al ponerse el pijama, observó su estómago y pensó que su mujer tenía razón...

El misionero

Toda la familia rodeaba al venerable misionero de barba blanca, recién llegado de las selvas africanas. Inquirían con avidez noticias del hijo que un buen día (hacía quince años) se fue “a salvar almas y a merecer la palma del martirio”. Había muerto, ciertamente, pero en cama, aquejado de unas fiebres malignas. “¿Entonces no sufrió martirio?”, preguntó ansiosamente su madre. El venerable misionero tuvo que explicarles que murió cristianamente rodeado de todos los suyos, de su mujer, de sus hijos... Antes de que nadie pudiera reaccionar les mostró una foto del ex-misionero (“había perdido la vocación”, explicó) con su esposa, una hermosa negra, de abultados y deformados labios, y sus hijos, cuatro simpáticos negritos... Consternada, toda la familia guardó un profundo silencio.

El anciano

Las niñas correteaban a la hora del recreo en el jardín, felices y tranquilas, en aquella apacible tarde de invierno. La hermana religiosa vigilaba y, al tiempo, hacía calceta, sentada en uno de los bancos. Por el sendero, apareció un anciano de noble aspecto, con abrigo y bastón. Al llegar a la altura de la religiosa, se detuvo, se desabrochó el abrigo y se mostró en toda su patética desnudez. Rápidamente, se cubrió de nuevo al tiempo que la hermana profería un grito de espanto. Las niñas interrumpieron sus juegos y se acercaron a la hermana, mientras el anciano se alejaba presuroso. La hermana, turbada, se aturulló y no supo darles ninguna convincente explicación. Las niñas pensaron que habría sido culpa de aquel anciano exhibicionista que todos los días, cuando la hermana hacía calceta, se desabrochaba el abrigo delante de ellas y les regalaba caramelos...

Un celoso

Minutos antes de que iniciara su número circense sorprendió a su mujer abrazando a otro, tras el carromato en que vivían. No tuvo ocasión de decirle nada. Les requirieron y se presentaron en medio de la pista, en medio de una atronadora salva de aplausos. En medio de la general expectación y de un silencio impresionante, fue lanzando los cuchillos uno tras otro delineando claramente en la madera la silueta de su mujer, que soportó todos los lanzamientos impertérrita. Cuando hubieron terminado y mientras saludaban al público sonrientes, él, entre dientes, acertó a decir: “Espero que esta noche me des una explicación”.

El hijo pródigo

“Ahora vuelvo”, dijo cierto día a sus padres y en diez años no supieron nada más de él. (Al día siguiente de su marcha descubrieron que se había llevado todo el dinero del arcón). Su novia guardaba la ausencia y esperaba vanamente una carta que jamás llegaría. Su padre, por el contrario, se sentaba todos los días, al atardecer, bajo la gran cruz del calvario, a la salida del pueblo y observaba con impaciencia y ansia el horizonte. Estaba firmemente convencido de que un día regresaría... Y así fue. Su silueta inconfundible comenzó a perfilarse y el padre no pudo por menos que exclamar: “¡Es él!”. Acto seguido cogió una piedra del camino y se la arrojó con fuerza. El hijo, asombrado, se detuvo y logró esquivarla. Ante la segunda, que pasó rozando su cabeza, puso pies en polvorosa. “¡Sinvergüenza!”, exclamó su padre, limpiándose con saliva las manos mientras observaba cómo se perdía de vista la figura de su hijo. La novia lloró cuando le contó lo sucedido. “No te preocupes, volverá...”. Efectivamente volvió... diez años más tarde. Ya para entonces sus padres habían muerto y su novia se había casado y tenía cinco hijos.

Aumento de sueldo

Expuso a su jefe la situación en que se encontraba. Llevaba diez años con el mismo sueldo y en su hogar tenía más necesidades porque los hijos habían aumentado y crecido. Quiso conferir a sus palabras firmeza y decisión, pero salieron de su boca suplicantes y llorosas. El jefe escuchó pacientemente y cuando hubo terminado la perorata, replicó rotundamente: “No”. Y aclaró que si no estaba contento en la empresa podía irse cuando quisiera. Al llegar a casa, su mujer, con los ojos inquisitivos, aguardaba impaciente. (Ella le había estado constantemente animando y suplicando para que diera tal paso). No se atrevió a decirle la verdad. “A primeros de año tendré un sustancial aumento”. Emocionada, le abrazó, mientras él, imperturbable, con los ojos fijos en el calendario de cocina, calculaba que durante tres meses podrían vivir felices y tranquilos.

La limosna

Se conocían desde hacía muchos años. El mendigo ocupaba invariablemente su puesto en la acera, en un chaflán cercano a la casa del benefactor anónimo. Se saludaban cordialmente todos los días, cuando le daba invariablemente una moneda de cinco pesetas, con la mejor de las sonrisas. Un día el mendigo se atrevió a exponerle su problema (iban a intervenir quirúrgicamente a una hija suya). Le pidió cien pesetas con un hilo de voz. Desagradablemente sorprendido, el benefactor echó mano de su cartera y se las dio... Durante veinte días el mendigo no le volvió a ver. Pasado este intervalo de tiempo, el benefactor volvió con la mejor de sus sonrisas a su habitual costumbre.

El viaducto

¿Qué fuerza, qué imán, qué poder oculto tenía aquel viaducto que inducía a la gente a arrojarse desde él? Nadie lo sabía. Un día, un hombre de aspecto modesto. En otra ocasión una señora de edad avanzada que, antes de saltar la barandilla con grandes dificultades, depositó el capazo con la compra del mercado cuidadosamente sobre la acera... En cierta ocasión, otro hombre que transitaba por el viaducto escuchando a un sacerdote abandonó de improviso la compañía de este último y se arrojó rápidamente al vacío. El sacerdote expresó un gesto de impotencia... Colocaron a un guardia de vigilancia y con el tiempo también el guardia se arrojó al vacío. Colocaron a otro guardia, al cual doblaron el sueldo, y éste continuó en su puesto, por fortuna, hasta el día de su jubilación... Murió también en el acto.

El récord

Se había empeñado en batir el récord mundial de permanencia en globo y, tras fatigosos ahorros, al cabo del tiempo, pudo adquirir uno. Llevó a cabo los preparativos necesarios para su ascensión en la plaza mayor del pueblo, coincidiendo con las fiestas del Patrón de la localidad. Una enorme muchedumbre presenció la subida a los cielos, despidiéndole con flamear de pañuelos y griterío ensordecedor. Cuando se convirtió en un puntito perdido en el infinito, la gente se dispersó. Pasaron los días, los meses y nadie supo más de él. Una noche volvió de improviso y en silencio. El pueblo dormía y a través de las ventanas de su casa observó que su mujer abrazaba a otro. Loco de furor, rabia y celos se subió al campanario de la iglesia que se levantaba junto a la plaza y se arrojó a la misma. A la mañana siguiente, cuando descubrieron su cadáver, todos se maravillaron del estado del mismo, porque teniendo en cuenta que cayendo desde la estratosfera (por lo menos), dada la distancia y el tiempo transcurridos, tenía que haberse volatilizado por fuerza.

El premio

Tenía prisa por coger el tren que le llevaría nuevamente a su pueblo. Había pasado la jornada cumplimentando todos los encargos, gestiones y compras que le habían encomendado sus paisanos y vecinos. La gran ciudad le destrozaba, le asfixiaba. Tenía prisa por dejarla. Verificó un último encargo: en una lista oficial de la Lotería Nacional comprobó que, efectivamente, a un décimo que le habían dado le había correspondido un pequeño premio. La Administración desgraciadamente estaba cerrada. Nervioso pensando que iba a perder el tren, abordó a un señor, contándole lisa y llanamente lo que le sucedía. El señor le partió la cara, llamó a un guardia que lo llevó a la Comisaría más próxima, le tomaron la declaración, lo encerraron y al día siguiente, comprobada la validez del décimo, lo dejaron en libertad. Cobró el premio y en el primer tren que pudo tomar se volvió al pueblo, donde jamás contó a nadie lo sucedido.

En la oficina

Recibió un telegrama de manos del botones en su mesa de trabajo, en la sucursal bancaria. Lo leyó y miró en derredor suyo... Sus compañeros trabajaban en silencio. “¿No será una broma, verdad?”. Sus compañeros negaron y protestaron reiteradamente. No, no era una broma. El telegrama decía que su padre había muerto. Era objeto de tantas burlas y escarnios, dado lo débil de su carácter, que no se fiaba de nadie. Se levantó, pidió permiso al jefe para ausentarse y se dispuso a tomar el primer tren que le llevara a su pueblo natal. Una vez en el mismo, comprobó con alivio que sus compañeros no le habían tomado el pelo. Había muerto. Era cierto.

El conquistador

Estaba casado, tenía seis hijos, pero presumía de “conquistador”. Según él, ninguna mujer se le resistía. Todas caían, enamoradas en sus brazos. Los amigos le envidiaban, le admiraban. “¿Cómo lo haces, qué les dices?”. Pero él se encerraba en un mutismo enigmático. No era cuestión de descubrir la miserable realidad de sus promesas... de falso hombre soltero. Juraba amor eterno, fidelidad absoluta, más allá de la vida y la muerte, mostraba las fotos de sus ancianos padres; las cartas de una primera novia que murió (auténticas, desde luego) y la ambición de compartir un hogar cristiano. Ambicionaba tener seis hijos por lo menos y llegado a este punto, insistiendo en el mismo, es cuando conseguía su propósito. Porque para tener tantos hijos era preciso actuar de prisa y sin pérdida de tiempo...

El capitán

¡Al ataque!, gritó el capitán, sable en mano, saliendo de la trinchera, decidido, campo a través, contra el enemigo. Nadie se movió. Las balas silbaban por doquier... Al cabo de un rato, el capitán regresó, jadeante y fatigado. “No quiero cobardes en mi compañía. ¡Al que no me siga haré que lo fusilen!”, y diciendo esto volvió a salir de la trinchera, gritando el habitual: ¡Adelante!. Volvieron a silbar las balas y los soldados no se movieron. Esta vez el capitán, afortunadamente, no volvió.

Seguro de vida

El agente de seguros llamó a la puerta y con su insistencia y verborrea consiguió entrar y sentarse en el sofá del salón-comedor, junto al cabeza de familia. Este, al principio escéptico y esquivo, se fue mostrando al rato, interesado en el asunto. El agente trataba de convencerle para que suscribiera una póliza “seguro de vida”. Insistió mucho en el futuro de su mujer e hijos y en los peligros que ofrece la vida moderna —accidentes de coche, de avión, el cáncer, los infartos de miocardio, los ladrillos que caen de los tejados...— y tanto reforzó estos argumentos, describiendo un panorama tan negro para la presunta viuda y los presuntos huérfanos que, el hombre, en un momento determinado, prorrumpió en sollozos incontenibles. Alarmada, acudió su mujer a consolarle, al mismo tiempo que enojada gritaba al agente de seguros: ¿Qué le ha dicho usted a mi marido? El agente, cabizbajo, se fue pronunciando confusas palabras...

Adulterio

Engañaba a su mujer desde hacía quince años. Todas las tardes, cuando salía de su trabajo habitual, acudía al apartamento de la otra. Charlaban, jugaban al parchís... y rara vez salían a la calle. A lo sumo, a algún cine de barrio. A su mujer le había contado en su día, una razonable y poderosa mentira: llevaba, en sus horas extras, la contabilidad de otra pequeña empresa. Un día, a la salida de un cine, fueron descubiertos por su mujer inopinadamente. Fue tal la sorpresa, que lo único que supo hacer fue desprenderse con soltura del brazo de la otra. Su mujer desapareció rápidamente entre la multitud. Cuando llegó a su casa (lo más rápidamente que pudo) su mujer le sirvió la cena sin mediar palabra alguna. Una vez en el lecho matrimonial, le dijo, en lugar de las habituales “buenas noches”: “Lo sabía”. Y él se quedó con la duda, duda que se llevaría a la tumba veinte años más tarde, de si lo sabría de reciente o desde hacía mucho tiempo...

El perdón

Cuando la muchacha habló de matrimonio, no quisieron escucharla. Opinaban sus padres que “aquello” era una locura. “¿Qué diría la gente?”. A la muchacha no le importaba nada la opinión de la gente. Tampoco le importaba vivir como los gitanos, de ciudad en ciudad, porque su marido actuaba en las plazas de toros. Se querían y eso, a su entender, era suficiente. No lo entendieron así sus padres y un día ella desapareció para siempre. Años más tarde, en el lecho de muerte, el padre los perdonó. El matrimonio acudió junto al moribundo. La hija besó con emoción la frente de su padre y luego aupó a su marido —un famoso torero-enano, figura destacada de un espectáculo cómicotaurino — para que hiciera lo propio...

“Cabezadura”

¡El siguiente!, gritó desde su sillón. Con un gran puro en su boca, examinó con detenimiento al hombrecillo que se asomó tímidamente tras la puerta de su despacho: “¿Qué sabe usted hacer?”, le preguntó insolentemente el empresario circense. El hombrecillo, sin mediar palabra, se subió a una silla y se tiró al suelo de cabeza. Se levantó y tomando carrerilla se lanzó contra la pared. Esta retumbó. Hizo lo mismo con la pared contigua. Cuando intentó subirse a la mesa del despacho, el empresario gritó: “¡Basta!”. Le tendió un documento: “¡Firme aquí si está conforme! ¡Trescientas pesetas por función!”. El hombrecillo se apresuró a firmar, al mismo tiempo que preguntaba con voz esperanzada: “Son dos funciones al día ¿verdad?”.

Atraco

Tres sujetos de pésima catadura entraron con paso decidido en la entidad bancaria, empuñando sendas metralletas. Al grito de “¡Manos arriba!”, todos los empleados y clientes levantaron los brazos asustados y atemorizados. Uno de los atracadores, acercándose al cajero, le ordenó imperiosamente le entregara todo el dinero que tuviera y lo introdujera en un maletín que le tendió. El cajero, sumiso, nervioso, servicial y cabizbajo, fue depositando los fajos de billetes con mucho cuidado y orden en el susodicho maletín. Una vez que hubo terminado la operación, los asaltantes se fueron tan rápidamente como llegaron. La excitación de los clientes y empleados duró varios días y la prensa recogió profusamente el hecho. El cajero compró cinco ejemplares de un diario que mostraba su fotografía, y repetía hasta la saciedad, a todo cliente que se aproximaba a su ventanilla: “Porque tengo cuatro hijos, que si no...”

Un silbido en U.S.A.

Aquel hombre de color se había atrevido a piroppear y lanzar un silbido admirativo al paso de una mujer blanca, que se cruzó ante él, en la acera de una pequeña localidad al sur del estado de Virginia. Su abogado defensor alegó cuando lo juzgaron —en camilla, por supuesto y dos meses más tarde, una vez que se hubo recuperado de la paliza que le propinaron “in situ”— que estaba totalmente borracho, pero el argumento resultó inútil ya que el procesado, nuevamente, no pudo sustraerse a la tentación de silbar a una mujer blanca que integraba el Jurado y estuvo a punto de ser linchado en el acto ante el mismo juez. A regañadientes se conformó el público blanco, por supuesto, con la condena a cadena perpetua. Pasados algunos años, al desgraciado le dio por silbar al paso de sus guardianes blancos, que le propinaban tremendas palizas, pero lo cierto es que las largas permanencias en la cárcel suelen originar estos dolorosos percances.

La hora postrera

A., en el lecho, se percató de que la única solución aceptable era rezar. Con grandes esfuerzos mentales, acertó a decir: ¡Santa Gema y San Gabriel, amparadme! Repitió la jaculatoria, que tantos sudores le había costado recordar, cien veces pues no recordaba bien si había que repetirla cien veces para ganar un día de indulgencia o bastaba con pronunciarla tan sólo una vez para ganar cien días de indulgencia. Por si acaso empleó el sistema más fatigoso... Resulta increíble la buena voluntad que es capaz de desarrollar una persona cuando cree que su última hora está cercana.

Examen de conducir

El ingeniero montó a su lado y dijo: “¡Vamos!”. El aspirante a obtener su carné de conducir arrancó y con la mirada fija ante el parabrisas y las manos agarrotadas en el volante se adentró en los complicados vericuetos de la circulación ciudadana. Marchaba sin novedad hasta que, de repente, una señora se lanzó a cruzar la calle distraídamente y con celeridad. El examinado no pudo por menos que atropellarla. La señora lanzó un “¡ay!” desgarrador, pues para cuando frenó era demasiado tarde... Se arremolinó la gente, el ingeniero, desplazando imperiosamente al conductor, cogió el volante y se llevó a la mujer a un centro de asistencia urgente. El aspirante, solo, en medio de la calle, se preguntaba si tendría alguna posibilidad de aprobar el examen...

Una familia

Dijo “hola” al entrar en su casa y nadie le respondió. La mirada de su mujer y de sus hijos estaba fija, más bien clavada, en el televisor. Malhumorado se dirigió al dormitorio matrimonial. Al cabo de unos minutos regresó, en pijama y zapatillas. Sin mediar palabra, mientras se dirigía hacia su sillón preferido, apagó el aparato al tiempo que con un rápido pescozón desalojaba a uno de los pequeños del asiento. Su mujer se levantó visiblemente disgustada, a conectar de nuevo el televisor. Un grito profundo, terrible, cortó su acción a medio camino. ¡¡¡Quieta!!! Visiblemente turbada, próxima al llanto, se sentó en su sitio y para disimular su agitación se dedicó a hojear una revista... mientras los niños, refunfuñando, se fueron a la cama.

Concurso

Mi hijo tiene nueve años. Le han dicho en el colegio que prepare un dibujo —concretamente la figura de un payaso— para participar en un concurso escolar a escala nacional. Se ha pasado todo el domingo pintando papeles en blanco. Al final me ha mostrado un papel embadurnado, donde se perfila algo semejante a un rostro. “¿Me darán el premio?”, pregunta. Calculo que se presentarán trescientos mil niños al concurso. Por un lado, no quiero quitarle la ilusión, y por otro, pienso que es prematuro aclararle su real situación en la vida y sus posibilidades futuras...

“Hombre-cañón”

Le llamaban así porque trabajaba, en razón de su profesión, en un modesto circo ambulante —tan modesto que no disponían de carpa y es por ello que actuaban siempre al aire libre, cuando no llovía...— de pueblo en pueblo. Se metía en un cañón, redoblaban los tambores, el presentador de pajarita azul decía: “A la de una, a la de dos...” y al decir “a la de tres” salía disparado, cayendo siempre sobre una lona flotante, convenientemente emplazada para evitar un golpe mortal. Un día, sin que nadie supiera por qué, el “hombre-cañón” introdujo subrepticamente en el cañón triple carga de pólvora y cuando se disparó salió con mayor fuerza, yéndose a estrellar contra el muro de una granja. Quedó destrozado. Más tarde, encontraron en el camerino de su carromato una carta dirigida al “Señor Juez”, usual en estos casos, en la que explicaba que estaba harto, hastiado de su vida vulgar y sin horizontes.

Náufragos

Se encontraban en el límite de sus fuerzas. Se había hablado de efectuar un sorteo para que alguien de los seis fuese inmolado, devorado, comido por los demás, pero la idea no prosperó. La balsa se movía en medio del océano, a merced de las corrientes. Por la noche pasaban un frío terrible y durante el día el sol los abrasaba. Cierta noche, de luna llena para ser precisos, uno de los naufragos se dedicó a observar atentamente las nalgas de uno de sus compañeros, que dormitaba boca abajo, cubierto con un sucinto taparrabos. Observando que era el único que se mantenía despierto, se acercó lenta y cautelosamente al cuerpo tendido, bañado por los pálidos rayos de luna y decididamente echó un mordisco a la nalga derecha del compañero. “¡Ay!”, dijo el otro, despertándose sobresaltado. El hambriento, sorprendido, musitó “perdón” y se retiró a una esquina de la balsa, visiblemente turbado.

El árbitro

El partido de fútbol transcurría, en su primera parte, con normalidad, a pesar de su enorme trascendencia para el equipo local. Al llegar el obligado descanso, el árbitro, los jueces de línea y los jugadores de uno y otro bando se retiraron a las casetas. Ya en los vestuarios, el árbitro fue requerido con urgencia al teléfono. Desde una habitación de la Maternidad su mujer le notificaba, con cierta desilusión, que había sido niña... Una preciosa niña de ojos azules. La quinta... En la segunda parte del encuentro —y sin que nadie supiera por qué—, expulsó a dos jugadores del equipo local, con gran rigor en la apreciación de las faltas, señaló un “penalty” y amonestó a otros tres... Los aficionados locales querían lincharlo, al término del encuentro, que señalaba la victoria del equipo visitante. Protegido por la fuerza pública, impasible y ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, inició el penoso retorno a su hogar...

En la piscina

Era una piscina de medidas olímpicas, orgullo del barrio. Asistió a su inauguración un teniente de alcalde, varios concejales, el constructor y muchos vecinos. Habían corrido mucho los constructores para poder inaugurarla en la fecha indicada. Pero lo habían conseguido... Un muchacho se encaramó al trampolín. Se exhibió ante los suyos (sus padres miraban en derredor, ufanos) allí en la altura, y decididamente, se lanzó al agua perfilando en el aire una bella pirueta. La gente aplaudió la acrobacia, pero los aplausos se apagaron al observar que el muchacho no surgía en la superficie. Lo sacaron más tarde, muerto, con una brecha en la cabeza. Con las prisas habían colocado el trampolín en la parte de menor profundidad de la piscina. “No me lo perdonaré nunca”, afirmó el contratista.

Fútbol

El equipo visitante necesitaba dramáticamente empatar. Le iba en juego su permanencia en tercera división. L., defensa lateral izquierdo, lo sabía y, como sus compañeros, estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. En un córner chocó con un contrario al intentar rematar un balón. Cayó al suelo. Hizo un gesto de dolor. “Quieto”, le musitó un compañero entre dientes. Había que perder tiempo. “Quieto”, le dijo el masajista, requerido por el árbitro mientras los jugadores contrarios protestaban. L. permaneció quieto. Llamaron a los de la camilla. Se lo llevaron. Permaneció quieto varias horas afectado de conmoción cerebral. No pudo jugar más al fútbol. Ese día el equipo perdió por un tanto a cero y descendió a categoría regional. “Yo hice lo que pude”, afirmaba L. años más tarde al recordarlo.

Incidente

M. se dirigía con el coche y toda la familia en su interior hacia el campo, dejando tras sí la gran ciudad, con sus ruidos, olores y colapsos en la circulación. De repente, un coche le surgió de una calle lateral sin detenerse, ni señalar nada. Un brusco frenazo salvó la situación, pero rabioso comenzó a tocar histéricamente el claxon. El autor del lance, un hombre corpulento y barbudo, detuvo unos metros más adelante su coche, impidiendo el paso del que protestaba y arrimándose altaneramente a la ventanilla del airado conductor, preguntó: “¿Le ocurre a usted algo?”. M. calló y el hombre volvió a su coche, arrancando pausadamente. M. no fue feliz en el resto de la jornada.

Escena idílica

A.M. se sentía muy feliz cuando el pequeño tren le acercó a su punto de destino. Sus ojos extasiados no se cansaban de contemplar la gran pradera. Pensó que le resultaría imposible cometer una mala acción en una pradera. Un brusco frenazo le indicó que el tren se había parado. Una minúscula casita blanca con unas diminutas ventanas repletas de tiestos, constituía la estación. Fue el único viajero que descendió del convoy. Tampoco nadie montó en él. Un señor grueso y apacible tocó armoniosamente el silbato. El tren, poco a poco, arrancó. Se quedó contemplándolo mientras desaparecía en el horizonte. Como el horizonte resultaba sin fin y el tren marchaba un tanto lento, transcurrieron dos horas y media hasta que lo perdió de vista. Luego reparó en la campanilla. No resistió el impulso y se dirigió al jefe de estación que, en aquel momento, se dedicaba a regar los tiestos. —¿Me permite?— e indicó la campana. El señor grueso y apacible asintió con la cabeza, atento siempre a sus flores. Un alegre campanilleo resonó en la gran pradera al mismo tiempo que una flecha segaba la vida de A.M. Era la señal convenida al plan preparado de antemano por los feroces “pieles rojas”, que en número de cinco mil, atacaron sin piedad la estación y la vía férrea. En Washington, naturalmente, ignoraban dicho plan y el susodicho ataque.

Reunión de sociedad

La reunión en casa de los señores de B. estaba resultando francamente animada. Era una reunión de matrimonios. Todos parloteaban: se contaban anécdotas de viajes, de caza, problemas de circulación, chistes políticos, de actualidad o subidos de tono... En uno de esos lapsos que inevitablemente se producen en toda conversación general, el dueño de la casa, un señor más bien grueso, de gafas negras, que casi no había abierto la boca en toda la velada, afirmó alegremente: "Pues a mí me han hecho la vasectomía...". Se hizo un profundo silencio. Minutos más tarde los invitados iniciaron una discreta retirada...

Accidente

La gente se arremolinaba en el andén del “metro” esperando la llegada del próximo convoy. De repente una señora que se encontraba junto al borde del andén hizo un movimiento extraño, como si se sintiera mareada. Se balanceó y cayó a las vías, sin que las personas que se encontraban a su vera pudieran impedirlo. Los gritos de horror fueron apagados por la llegada del convoy que no pudo detenerse a tiempo, ante el cuerpo de la infortunada mujer. Un chirriar y un crujir de huesos, unas ayes desgarradores... y nada más. Algunos viajeros chillaban, otros callaban y varias mujeres se desmayaron. Un viajero, molesto y colérico, se acercó al jefe de estación y preguntó: “Y ahora ¿cuánto tiempo nos tendrán aquí?”.

El discurso

“Seré breve”, dijo el homenajeado, levantándose de la mesa. Algunos bisbiseos trataron de acallar a los comensales, que ajenos a lo que sucedía charlaban animadamente. El homenajeado, en pie, esperó pacientemente. Las charlas continuaban. Molesto y cariacontecido se volvió a sentar y continuó comiendo su postre. Casi nadie se apercibió del hecho.

El camarero

“¡Imbécil!” profirió el cliente sentado en el velador de la terraza, cuando el camarero, distraídamente, dejó caer una gota de leche en su pantalón. El camarero, circunspecto, pidió perdón y se apresuró a limpiárselo. Su jornada transcurrió sin más incidentes dignos de reseñar. Una vez en su casa, al sentarse en la mesa para cenar, su mujer dejó caer una gota de vino sobre su pantalón, inadvertidamente. El camarero no dijo nada. Otro, en su lugar, la hubiese propinado una sonora bofetada.

Romance anónimo

El parque estaba casi desierto. Era día laborable y por lo tanto no tenía nada de extraño. El sol de primavera, casi en el mediodía, comenzaba a molestar. Una señorita, de rostro agraciado, leía ensimismada un libro, sentada en la extremidad de un banco de madera. En cierto momento, ocupó el otro extremo un caballero. Antes de sentarse se quitó la chaqueta, después los pantalones, la camisa, los zapatos, los calcetines... La señorita observaba la escena con el rabillo del ojo izquierdo. Un momento después el caballero, completamente desnudo, leía un periódico. Pasado un tiempo difícil de precisar, el caballero abandonó la lectura, se vistió y se fue sin despedirse siquiera. La señorita se preguntaba más tarde si habría actuado bien al no decir nada e ignorar el hecho.

La carga de la brigada ligera

“Lo que importa, muchachos, es el estilo”, afirmó el capitán, montado en su blanco alazán. Los soldados escuchaban en silencio con la espada desenvainada, mientras los caballos, quizá presagiando el combate, piafaban nerviosos. “La muerte no importa”, terminó diciendo el capitán y dicho esto gritó: “¡Compañía! ¡A la carga!...”. En perfecta formación la caballería inició el ataque. Media hora más tarde en una extensión de veinte kilómetros, los cadáveres tanto de soldados como de caballos, salpicaban el vasto campo de batalla. Toda la compañía había perecido. En tierra, los muertos componían bellas figuras. La mirada hacia adelante, el brazo erguido con la espada en alto, la chaqueta abotonada y el cuello de la guerrera perfectamente ajustado.

El incendio

El incendio se propagó rápidamente por todo el inmueble, uno de los más altos de la ciudad. Acudieron los bomberos, pero sus esfuerzos por dominar las llamas resultaban inútiles. Casi todos los ocupantes del edificio ascendieron a la azotea. A través de los megáfonos se les advirtió que tuvieran paciencia y aguardaran a que la lona estuviera dispuesta, ya que las escaleras de salvamento no alcanzaban semejante altura. Algunos, semiasfixiados por el humo y no pudiendo contener sus nervios, se lanzaron al vacío, estrellándose contra el suelo, ante la horrorizada mirada de millares de transeúntes curiosos, que se arremolinaban en torno al edificio. Finalmente se tendió una lona, sostenida por medio centenar de bomberos. Algunos caían sobre la lona, pero otros no... Un concejal, nostálgico, a propósito de lo que estaba viendo, comentaba a un colega el espectáculo que ofrecen en Méjico unos mestizos que se arrojan al mar, entre las rocas, desde una impresionante altura, ante la curiosidad de los turistas, sin sufrir percance alguno. "Todo es cuestión de entrenamiento", afirmó.

Lágrimas

La muchacha tenía dieciséis años. Era bonita y simpática, pero los médicos le habían pronosticado escasos años de vida. A lo sumo tres o cuatro... Naturalmente, sus padres y la abuela no contaron a nadie, y menos a la desgraciada, la terrible revelación. A la anciana le costaba mucho contener las lágrimas y aparentar serenidad y felicidad. Por fortuna podía llorar a gusto y sin freno, ante el televisor, ante la propia nieta, cuando una situación dramática justificaba las lágrimas de cualquier emotiva telespectadora, pero que de todas maneras, provocaban el reproche de la muchacha. “Abuelita, no es para tanto”, decía la desgraciada. La irrupción en la programación televisiva de numerosos films y telefilms dramáticos le vino muy bien en este aspecto a la abuela. Afortunadamente, cuando nuevamente la programación cambió su contenido y se hizo más frívola y ligera, la muchacha falleció...

El cerco

Le conminaron para que desalojara su vivienda, una modesta barraca de una planta declarada en ruinas en medio de una zona de expansión urbanística, pero se negaba siempre en rotundo. Tuvieron que recurrir a la fuerza, pero se atrincheró con su vieja escopeta y nadie se atrevió a acercarse... Reporteros y redactores se interesaron por su actitud que duró cuarenta y ocho horas. Gracias a los buenos oficios y promesas del teniente de alcalde depuso su actitud. Le prometieron firmemente otra vivienda, nueva y de módico alquiler, y es por ello que se decidió a salir de su atrincheramiento y entregar la escopeta. Por desgracia, el nuevo piso estaba muy lejos y tenían que gastar mucho dinero en transportes tanto él como los suyos. Además, le multaron por no tener licencia de armas y por alboroto público. Quiso protestar pero le tildaron de loco y en las redacciones de los periódicos que se habían ocupado de su encierro, esta vez no le prestaron atención alguna. Desesperado, volvió a atrincherarse de nuevo, esta vez sin arma alguna. Lo liquidaron en breves minutos con una ráfaga de metralleta, sin contemplaciones.

La masajista

Un compañero de oficina, guiñándole un ojo, le regaló una caja de cerillas (de las “de propaganda”). Decía su inscripción: “Elizabeth, masajista y manicura”... y un número de teléfono. La llamada tenía el sabor de la aventura. Una voz femenina, cálida, le informó del horario de los servicios. Advirtió a su mujer que llegaría tarde a casa y se presentó en la dirección que le dieron. “Masajista o manicura”, le preguntó una agraciada señorita en el solitario hall de recepción. Eligió lo primero, por mera intuición. Una oronda matrona, de aspecto nórdico, fuerte y enérgica le atendió. Le hizo desnudarse casi por completo. Superado el bochorno, se sometió a sus masajes. Fue algo horrible. Cuando la buena señora hubo terminado se sentía totalmente defraudado. Esperaba otra cosa. En el hall pagó y preguntó por los servicios de manicura. La señorita le indicó que bajara a la calle y que en la peluquería de la esquina le atendería una señorita. Confuso y abochornado se fue sin decir “adiós”.

Radioaficionados

Se conocieron en onda corta. En los primeros contactos se intercambiaron los saludos y frases de rigor, hablaron del tiempo y de la capacidad de sus respectivos receptores. Pasaron los meses y se tomaron algunas confianzas a través de las ondas. Dejaron de identificarse en clave y se llamaban por sus nombres de pila. Vivían a más de mil kilómetros de distancia, pero terminaron enamorándose apasionadamente uno del otro. Hablaban incansablemente, se excitaban con sus propias palabras y terminaban desvistiéndose. Hablaban desnudos ante los receptores. Al cabo de dos años de relaciones etéreas, decidieron conocerse personalmente. Era inevitable e insoslayable. Concertaron la cita en un punto equidistante. Tomarían sendos trenes. Fijaron día y hora sin gran convicción. El hombre no había tenido jamás el valor necesario para confesarle que era ciego, y ella, de haberlo sabido, quizá habría tomado el tren. Era tuerta, pero él hubiese permanecido en su ignorancia. De todos modos, el ciego desistió y no tomó el tren.

Treinta y seis posiciones

Padre de familia, con mujer y cuatro hijos, casado desde hacía veinte años, llegó una noche a casa excitado. Su mujer se percató de su estado pero, intuitiva, se calló. Aguardó a que los niños se hubieran acostado. Él, entonces, le mostró un librito que le había prestado un compañero de oficina. Un libro danés, por supuesto. Descubría todo un mundo... inédito para ellos. La mujer, escéptica, no participaba de su entusiasmo. “No estamos ya para esas «cosas»...”, alegó por toda excusa. El marido antes de acostarse, en pijama, probó a tocar el suelo con la punta de los dedos. A la cuarta tentativa lo consiguió con cierto dolor en las rodillas. “Mira, mira...”, le dijo a su mujer, pero ésta roncaba ya apaciblemente.

La quiniela

Trabajaban en una empresa de rígidas costumbres. El personal en general tenía prohibidas las llamadas telefónicas particulares y las salidas injustificadas. A las once de la mañana y a las cinco de la tarde se servía café o té en las propias mesas de trabajo. Los dos amigos idearon un plan para rellenar semanalmente su quiniela múltiple: verse en los “servicios”. Todo iba muy bien, pero a los dos meses levantaron las sospechas del Jefe de Sección, al observar que uno de sus subordinados guiñaba el ojo a otro y al cabo de un rato desaparecían en los servicios. Descubrió el escondite... Dejó transcurrir media hora y llamó a la puerta del evacuatorio, en presencia de otros tres directivos. Los dos amigos salieron sorprendidos y cabizbajos. El Director los esperaba en su despacho. No los dejó pronunciar palabra alguna. Tuvieron que asumir la presunta culpabilidad de un pecado inconfesable. “Pero la Empresa, benévola y liberal, les perdonaba. Solamente esperaba que no reincidieran...” Se guiñaron el ojo sonrientes a la salida del trabajo. Pero la sonrisa se les heló, cuando ya en sus respectivas casas, observaron cómo sus mujeres, compungidas y llorosas, llenaban sendas maletas con sus ropas y objetos, para que abandonaran el hogar. Minutos antes el Director de la empresa había hablado con ellas por teléfono, largo y tendido...

En la aduana

No sucedía frecuentemente, pero aquella vez le ocurrió a él. El agente de aduanas le mandó abrir las maletas. Venía de Estocolmo, tras un viaje de negocios por cuenta de su empresa. No tenía nada que declarar, pero el agente —debía tener una mala mañana—, insistió... Un frasco de colonia para su mujer, unos juguetes instructivos para sus hijos y unos encargos para sus amigos. Pasó un rato horroroso cuando el agente examinó aquellos extraños artilugios, adquiridos en un establecimiento dedicado a la venta exclusiva de objetos eróticos. No supo explicar al agente ni al jefe superior la utilidad de aquellos vergonzosos objetos, de aquellos juegos, de aquellas prendas, de aquellas cápsulas... Lo retuvieron en el pequeño despacho del aeropuerto para tomarle declaración, pero le permitieron llamar a su mujer. Esta, nerviosa y excitada, se presentó media hora más tarde. Fue el propio inspector de aduanas quien le explicó lo que sucedía. Le mostró los objetos que había traído su esposo. No daba crédito a sus ojos. Prorrumpió en llanto y cuando su marido se acercó para consolarla, gritó con voz desgarrada: ¡No me toques!

El chequeo

Le habían dicho que todos los americanos se lo hacen una vez al año; y los suizos también. Más valía prevenir... y aunque gozaba de una salud excelente a sus cuarenta y cinco años, se sometió a un chequeo médico, en una clínica particular. El precio le pareció elevado, pero “la salud no tiene precio” le dijo la bella enfermera que le atendió, muy sonriente. Antes de entregarle en mano el resultado del chequeo, el director del centro clínico quiso hablar con él a solas. Sintió que las piernas le flaqueaban... No debía haber consentido jamás someterse a un chequeo. Seguro que era cáncer... El doctor, amablemente, en tono confidencial, le advirtió que el cheque que les había dejado no lo habían podido cobrar por falta de fondos en su cuenta corriente. Se deshizo en excusas y subsanó el error.

La letra

El cobrador llamó a la puerta repetidas veces, con insistencia. Finalmente abrió un niño de aspecto sucio y descuidado, que se limitó a mirar fijamente al hombre con curiosidad. “¿No está tu madre?”. El niño contestó afirmativamente con la cabeza, pero cuando el cobrador le conminó a que saliera, el niño le informó que estaba en la cama, enferma, y que le dolía mucho la cabeza. Al cobrador no pareció afectarle mucho el relato del niño. Se limitó a extraer de su cartera una letra de cambio y a dársela al muchacho. “Toma, guapo, dársela a tu mamá... Y ya sabes que si no la paga os quitarán el televisor y te quedarás sin ver a esos payasos que te gustan tanto”. Y diciendo esto le dio un cariñoso pescozón...

Perversión

Diez años llevaba en la casa sirviendo y en ese tiempo había almacenado un odio feroz e incontenido contra los dueños de la misma. No soportaba la altanería del matrimonio ni las impertinencias del hijo, un niño de nueve años a quien había visto prácticamente nacer y criado. Le retenía la retribución que percibía, más elevada desde luego que la del resto de las compañeras que conocía. Su resentimiento y ánimo de venganza lo desahogaba con el muchacho. Todos los sábados tenía que bañarlo. Y cuando lo enjabonaba lo hacía con fruición, con malicia, con morbosidad, con delectación... El muchacho, excitado, nervioso, sin saber exactamente por qué, se aferraba a ella histéricamente, con el instinto del púber, que ignora los misterios de la vida. Y ella, en ese preciso momento le propinaba una sonora bofetada, al tiempo que le devolvía a la realidad de todos los días.

La caza

El dueño del coto de caza, próximo a la capital, y cuatro amigos, empuñando sendas escopetas, iniciaron la caminata en busca de conejos. Observaron por los cerros colindantes al vedado a varias personas y se dirigieron a ellos, pues supusieron que estaban cazando en lugar vedado. En su mayoría eran chiquillos, que echaron a correr en medio de risas y bromas. Uno de ellos, antes de desaparecer tras un montículo, gritó: “¡Hijos de p...!”. El dueño del coto, lleno de furor, empuñando la escopeta, disparó contra el chiquillo que corría veloz. Le acertó en plena cabeza. Más tarde, ante la Guardia Civil, explicaba cómo casualmente se le disparó la escopeta cargada al tropezar con una piedra, confirmando el hecho en todos sus detalles sus tres amigos, y hasta el guarda de la finca, que no se atrevió a negarse a declarar ante la sugerencia de su amo, aunque cuando ocurrió el hecho no se encontrara allí. Lo triste del caso es que el chiquillo muerto era su hijo.

La última carta

Antes de subir al cadalso, le preguntaron al desgraciado si deseaba escribir algún mensaje, alguna carta. Contestó afirmativamente y le trajeron a su celda papel, pluma y tintero. Se sentó en el taburete, apoyó los brazos en la tosca mesa y pluma en ristre, quedó mirando fijamente a un punto determinado de una de las mugrientas paredes de la celda. Los guardianes, impacientes, carraspearon... El condenado, absorto, no parecía estar muy inspirado. Mordisqueaba la pluma... De repente, empezó a escribir algo, pero pronto lo dejó. “Lo siento”, dijo al alzarse del taburete, a manera de excusa por haberles hecho perder el tiempo. Sin mediar palabra, el grupo compuesto por el condenado, los guardianes y el capellán iniciaron la marcha, por el largo corredor, hacia el patíbulo que se alzaba en el patio central. Un carcelero se quedó junto a la celda y no pudo reprimir su curiosidad. Echó un vistazo a las líneas escritas por el reo. “Muy señor mío: En contestación a su atta. del...”. Y nada más. Dedujo que el reo no había podido recordar la fecha.

El muerto

El hombre había caído atravesado a las vías del “metro” y muerto en el acto, porque un convoy, segundos después, pasó sobre su cuerpo y lo destrozó, ante el horror de los pasajeros que permanecían en el andén. El cuerpo sin vida fue cubierto con una manta, en espera de los trámites oportunos. Se reanudó la circulación y los convoyes pasaban por encima del cadáver. Era domingo y había escasa concurrencia. Tardaba en llegar el juez, o quizá no le dieron el aviso. El hecho es que todos se fueron olvidando del incidente. Luego, el paso veloz de los vagones terminó por desplazar al cadáver o lo que quedaba de él. Un convoy se llevó una pierna, otro un brazo... Al cabo de unos días no quedaba ni la manta, roída por enormes ratas cuando la circulación se interrumpía por la noche.

Alonso Ibarrola